

# ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Mayo de 1888

Año III N.º 29

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

## LAS MENTIRAS CONVENCIONALES DE NUESTRA CIVILIZACIÓN

El periodismo

VII

CON el título de «diversas pequeñas mentiras» dedica el autor un capítulo á lo que nos sirve de epígrafe, al duelo y á consideraciones generales sobre la mentira dominante. Nosotros juzgamos más útil á nuestro objeto dividir este trabajo en la forma que verá el lector.

El instinto de solidaridad innato en el hombre, subsistente siempre á pesar de la educación egoísta de nuestra civilización, manifiéstase por el acatamiento universal á la opinión pública. Tan poderoso es este instinto, que el hombre tiene presente en todos sus actos la idea de especie, y se pregunta á cada paso: «¿Qué dirán de mí?» Si en algunos casos se rebela contra la opinión pública, es sólo en apariencia, y esta rebelión tiene siempre por objeto influir sobre ella á fin de que acabe por dar razón al rebelde. Es absolutamente inadmisibles que, en virtud de una convicción personal, un hombre en posesión de sus facultades intelectuales se declare en abierta oposición con la opinión pública si tiene la seguridad de que no ha de merecer nunca la aprobación de nadie. Hay héroes que arrostran el desprecio y el martirio de sus contemporáneos mientras esperan las alabanzas de los venideros, pero no los hay capaces de arrostrar el desprecio eterno. La opinión pública es á la especie lo que la conciencia al individuo.

En tiempos pasados la opinión pública era incoercible; carecía de contornos bien determinados y se formaba de mil detalles insignificantes: un chiste de un personaje, un signo ó un movimiento expresivo hecho por un miembro importante de una corporación, la charla de una comadre de vecindad, cualquier cosa que asumía la aprobación de todos como una fórmula plebiscitaria. Hoy, al contrario, la opinión pública es una fuerza sólida provista de un órgano que todo el mundo reconoce como su representante plenamente autorizado: este órgano es la prensa.

La importancia de la prensa en la civilización moderna es inmensa, y la influencia que ejerce en la vida individual y colectiva, caracteriza nuestra época mejor que todos los maravillosos descubrimientos que han transformado las condiciones materiales é intelectuales de la sociedad; su poder es incontestable, y el dictado de «cuarto poder del Estado» es merecido si se tiene en cuenta que gobierna y legisla de hecho si no de derecho en unión del poder ejecutivo y de ambas cámaras.

No tiene la prensa ese poder por el anuncio, ni por la noticia, ni por



el artículo político ó científico, sino por la tendencia, manifestada, no tanto por las declaraciones expuestas en la sección de fondo, como por la elección y disposición de los asuntos, el arreglo de las noticias, la preferencia de cierta clase de hechos y aun por el silencio que guarda respecto de algunos sucesos; interviene y critica todo, juzga las acciones, las palabras y aun los propósitos declarados ó no de los hombres; estigmatiza ó alaba, anima ó amenaza, presenta modelos á la admiración de las gentes ó se convierte en picota que atrae sobre el perverso el desprecio popular.

Es es vano buscar los orígenes del poder de la prensa; los gobiernos lo intentaron cuando la prensa empezó á atribuirse la representación de la opinión pública, y no hallando solución satisfactoria, optaron por perseguirla ó dominarla. La multitud, opuesta por instinto á la conducta de sus gobernantes, ha reclamado constantemente la libertad de la prensa.

Los gobiernos, no obstante, no se someten menos que los gobernados á la opinión pública; pero surge la duda de si la prensa es su legítima manifestación. Un cualquiera que tenga dinero ó que encuentre accionistas puede fundar un periódico, reunir un lucido estado mayor de periodistas y convertirse de la noche á la mañana en una potencia que ejerza presión sobre los ministros, el parlamento, el arte, la literatura, la bolsa y el comercio. Se dirá que esto sólo puede conseguirse tomando grande extensión, lo cual sólo se consigue mediante el talento de los escritores y por las simpatías populares. Por otra parte no es verosímil que escritores de talento se sometan á la dirección de un individuo despreciable, ni es tampoco probable que el público se suscriba en masa á un periódico que no esté conforme con sus ideas. La lista de suscritores es como el mandato de la redacción.

Ese razonamiento parece evidente, y, sin embargo, es falsísimo. La experiencia enseña que por dinero se puede comprar en todo tiempo y lugar la colaboración de hombres de talento que carecen de honradez, y en cuanto al número de suscritores, basta halagar los instintos miserables que por falta de medios de educación existen en la multitud de nuestra moderna civilización para que los suscritores abunden.

Estas consideraciones nos llevan al examen de una de las más extrañas contradicciones de la civilización actual: las ideas modernas se rebelan contra toda autoridad del Estado que no sea establecida ó á lo menos intervenida por el pueblo: ya no se admite la monarquía por la gracia de Dios, y se limita, á lo menos en teoría por la voluntad nacional; el ministro nombrado por el monarca ha de ser aceptado por el parlamento; en tanto que el periodista se nombra á sí propio y nadie le exige responsabilidad por el ejercicio de un poder igual en la práctica á los mencionados. El juez, á quien concedemos el derecho de disponer del honor, de la fortuna y de la libertad de todos, sufre un largo aprendizaje y tiene graves responsabilidades; el periodista baraja á su voluntad los mismos intereses sociales sin preparación ni garantía alguna, sin que las rectificaciones que la ley concede al ofendido reparen los daños que la prensa pudo haberle inferido.



Esta situación explica por qué todos los reaccionarios y muchos liberales sean enemigos declarados ó secretos de la prensa, y estos últimos tanto más encarnizados, por cuanto se ven obligados á fingirla estimación y respeto.

Para convertir esta mentira en verdad el autor no halla otro medio que someter á restricciones autoritarias el ejercicio del periodismo, con lo que, á nuestro juicio, sólo se conseguiría aumentar los abusos de nuestros gobernantes. Entre hombres que por el ejercicio del poder pueden extralimitarse en perjuicio de sus gobernados, y periodistas que por disponer de grandes medios de publicidad pueden abusar de la credulidad pública, resulta una mutua limitación que puede ser más beneficiosa que el predominio autoritario.

Espera el autor que llegará un día en que todos los lectores serán bastante ilustrados para juzgar por sí propios y en que no haya necesidad de limitación alguna para la prensa; pero le falta convenir en una idea perfectamente recíproca: cuando se llegue á tal grado de ilustración habrán desaparecido todos los gobernantes del mundo, porque no podrá nadie erigirse en director de los hombres cuando todos se hayan elevado á la capacidad máxima; ni tampoco podrá haber periodistas que den pensamientos formulados á manera de dogmas para abastecer el cerebro vacío de sus lectores.

#### El duelo

La sumisión á la opinión pública es causa de la persistencia en nuestra civilización de un resto de las costumbres de otras épocas. El duelo se encuentra en este caso, y su permanencia prueba que el instinto de conservación es más débil en el hombre que su instinto social; porque si aquél dominase nadie se expondría á un peligro de muerte para evitar que sus semejantes, entre los cuales cada uno de por sí le es quizá absolutamente indiferente, puedan en conjunto tener de él mal concepto.

El duelo es la negación de los fundamentos de la civilización actual y un resto de la barbarie primitiva. En su origen era el duelo justificado y natural, por cuanto representaba la forma más sencilla de la lucha por la existencia, en la cual se halla el germen de todo desarrollo. El bárbaro ponía la fuerza al servicio de todas sus necesidades y deseos, y cuando vencía disfrutaba sin remordimiento de su victoria; pero desde que se constituyó el Estado jurídico y el débil puso su derecho bajo la salvaguardia de todos representada por la ley y los tribunales, el duelo es un contrasentido y hasta una usurpación que comete el individuo contra los derechos sociales.

Mientras los hombres creyeron en la intervención ejercida por dioses personales en los actos de la vida, el duelista se batía con su enemigo confiando en que Dios le ayudaría en la defensa de su derecho ó en la demostración de su inocencia, y por tanto el duelo así practicado era más una institución jurídica que un triunfo de la fuerza. En nuestra sociedad, que no cree en intervenciones sobrenaturales en los asuntos privados, el duelista que se bate con un hombre ofendido y que se somete



á la preocupación general, lo mismo que éste cuando abriga la esperanza de matar á su contrario aunque sea un espadachín de profesión, ambos son asesinos.

La causa de la persistencia del duelo puede atribuirse al militarismo. En los ejércitos permanentes el duelo es una ley expresa, y el oficial que rehusa batirse es expulsado vergonzosamente. Nada tiene de extraño que hombres dedicados al oficio de imponer la fuerza en pro ó en contra del derecho, vean en su sable y su revolver el único medio de determinar las relaciones sociales, ya que los cañones y los fusiles son el único código que regula las relaciones de los pueblos.

#### La mentira dominante

Al lado de las grandes mentiras una multitud de pequeñas mentiras penetran y envuelven toda nuestra vida. Si se nace y se vive en la mentira, necesariamente se ha de mentir cada vez que se abre la boca en público ó que se entra en relación activa con las instituciones políticas y sociales; si se tiene la costumbre de hablar y obrar diferente de lo que se piensa y se siente, de soportar como cosa natural la contradicción constante entre las propias convicciones y las formas exteriores de la vida, de ver en la hipocresía una prudencia mundana y un deber cívico, no puede extrañarnos que no se conserve un carácter recto ni que no haya un hombre sincero en sus relaciones con los otros hombres y verdadero en su vida privada.

Se miente en el hogar, en el trabajo, en el salón, en la sociedad, en la iglesia, en la reunión electoral, en la oficina del estado civil y en la Bolsa. Las formas de las relaciones sociales dejan aún reconocer su embustero origen, y, por tanto, mentira son el saludo, las felicitaciones, los cumplimientos, los obsequios y cuantas palabras empleamos en manifestar sentimientos que no se sienten sólo con objeto de aparecer como cultos y bien educados á los ojos de nuestros semejantes. La causa de tanta farsa se halla en el egoísmo, base fundamental de todas las instituciones actuales. Así como el egoísmo falsea las más inocentes relaciones de los hombres entre sí, todas las instituciones sociales creadas por el instinto de solidaridad se han convertido en mentiras.

#### Harmonía final

Hemos visto como todo lo que nos rodea es mentira é hipocresía; ya es tiempo de que la luz y el aspecto de un albergue hospitalario nos conforte y consuele.

La contradicción entre la nueva concepción del mundo y las viejas instituciones contrista al hombre civilizado y cada uno aspira ardientemente á escapar de este sufrimiento continuo. Créese generalmente que hay dos medios de encontrar la perdida paz y que se puede elegir entre ellos. El uno sería volver resueltamente atrás, el otro ir resueltamente adelante. Reconstrúyase la fe en los dogmas y la obediencia á los poderes, y bórrese el recuerdo de todas las revoluciones; ó bien destrúyanse



todas las instituciones de la Edad Media, y trátense á todos los funcionarios religiosos, civiles y políticos como vulgares charlatanes. Hé ahí los dos métodos propuestos; los partidarios de cada uno se combaten con energía, y esa lucha desesperada constituye el fondo único de la vida política é intelectual de nuestro tiempo.

Pero hay que rendirse á la evidencia: el punto de partida de esta lucha entre los dos bandos es falso. No hay dos métodos; no hay más que uno solo. Retroceder es imposible, detenerse lo es igualmente; sólo es posible caminar adelante, y cuanto más deprisa más pronto se llegará al punto que asegura el reposo. Desengañense los abogados del retroceso, si es que proceden de buena fe; aun cuando se admitiera que todo el mundo sería feliz si reconstituyéramos la Edad Media, sería una concesión inútil; no hay fuerza natural capaz de obligar al hombre á que olvide ó renuncie á las ideas y á las verdades adquiridas. Se puede en la edad madura recordar las delicias de la infancia, pero sería insensatez suma querer reproducirlas quitándose años de encima á sí mismo y á todos cuantos constituían el cuadro de nuestros recuerdos, y aun dar vida á los que de ellos hubieran muerto.

El Nirwana de la India, que es la aspiración al absoluto reposo, encierra un sentido profundo; pero es sólo concepción de poeta, grandioso producto de la imaginación. El Nirwana es la suspensión deliciosa de nuestro sér moral, que se produce cuando no tiene ya deseos ni aspiraciones, cuando no percibe fuera de sí mismo un punto que le atraiga ó le repugne. Semejante estado de felicidad es inconcebible para el hombre civilizado, que se halla sujeto incesantemente á una multitud de ideas. Esa paz perfecta sólo puede alcanzarse de dos maneras: por la ignorancia absoluta ó por el conocimiento perfecto de toda verdad, de modo que por no saber ó por saberlo todo no se sienta una necesidad, ni se despierte el más mínimo deseo; para lo primero es ya tarde, y lo segundo no se alcanzará jamás, por impedirlo lo limitado de nuestros medios de conocimiento ante la inmensidad de lo susceptible de ser conocido. Lo peor que puede hacer el hombre en el estado en que se halla es reprimir su energía y emplear su fuerza en luchar contra la poderosa atracción de su desarrollo natural; esa lucha, no sólo es irracional, sino infinitamente fatigosa. El oportunismo, tan esparcido hoy, teme las soluciones radicales; quiere retener en la mentira á la humanidad, y en la lucha entre las antiguas formas y las nuevas ideas, combate las unas sin defender las otras, por lo que es á la vez enemigo del género humano y de la moral.

Lo que necesita ante todo la humanidad es la posibilidad de vivir con arreglo á su manera de ser. Las viejas formas deben desaparecer, dejando lugar á las nuevas, conforme á la razón. Es indudable que ni aun así se alcanzará la felicidad del Nirwana, del reposo sin esfuerzo y de la alegría sin deseos; porque esa felicidad absoluta es inconciliable con la vida orgánica, sinónimo del desarrollo, que supone un esfuerzo incesante hacia una cosa no alcanzada aún. Pero si la felicidad absoluta no es posi-



ble al hombre, el individuo puede al menos seguir su instinto de desarrollo y sentir que se dirige hacia su objeto, el ideal, y el sentimiento de que á él se aproxima constituye un placer anticipado capaz de suplir á la felicidad absoluta que no puede ser alcanzada, á semejanza del que sintiendo viva impaciencia por llegar á un punto determinado se siente tranquilo y contento cuando el ferrocarril le aproxima rápidamente al término de su viaje.

La humanidad tiende á su ennoblecimiento; no á la abyección. Su desarrollo la hace mejor y más elevada; no peor y más vulgar, como pretenden sus calumniadores. A través de la atmósfera pura y transparente de la concepción científica del mundo, percibe más claramente su ideal que en medio de las espesas nubes de la superstición: eso es lo que ha de responderse á los que de buena fe creen que sin religión no puede haber moralidad ni idealismo; en cuanto á los farsantes que afectan creer lo contrario, no hay para qué discutir con ellos, sólo merecen desprecio. Los filántropos de corazón sensible y corta penetración pueden tranquilizarse: la humanidad sin Dios, sin despotismo y sin egoísmo, será infinitamente más moral que la que reza y tiene las armas preparadas.

El progreso enseña al hombre que es un sér animado perteneciente á una especie llamada humanidad; que es gobernado por las mismas leyes naturales que todos los otros seres; que su lugar en la naturaleza es el que pueda conquistar por un esfuerzo bien combinado de todas las fuerzas de su organismo; que la especie es un conjunto del que él sólo es una célula; que vive de la gran vida de la humanidad, su fuerza vital le produce y le sostiene hasta la muerte, su movimiento le eleva á grandes alturas y las satisfacciones de ella son para él sus alegrías. No importa que eso satisfaga menos la vanidad que la mentira de un charlatán que le asegura que el hombre es el favorito de un omnipotente y universal dominador llamado Dios; que es un sér privilegiado en el universo y que puede proporcionarse mayores gangas aún si al embustero que se lo anuncia le paga diezmos y primicias y le obedece ciegamente.

El progreso quita al hombre el cielo pero le colma de inmensos bienes en la tierra; le suprime las relaciones con Dios y sus santos, dándole en cambio la humanidad por familia. Destruída la inmoralidad de la llamada moral religiosa, queda la solidaridad humana, de donde resulta una moral perfecta y justa.

La solidaridad no debe ser únicamente la fuente de la moral, es preciso que sea también el fundamento de todas las instituciones. Las formas existentes son la expresión del egoísmo; la solidaridad determinará las formas llamadas á sucederlas. El egoísmo inspira el deseo de dominar á los otros, conduce al despotismo, hace los reyes, los conquistadores, los ministros y los jefes de partido apasionados por sus intereses; el amor de la especie sugiere el deseo de servir á la colectividad, conduce á una legislación cuyo solo objeto es el bien general. El egoísmo es la causa de las mayores injusticias en la repartición de bienes; la solidaridad, de tal modo hace desaparecer esas injusticias, que asegura la ins-



trucción y el pan cotidiano á todo hombre susceptible de educación y que quiere trabajar. La lucha por la existencia durará tanto como la vida y será siempre la razón de todo progreso y de todo perfeccionamiento; pero revestirá formas más dulces y será, en comparación del encarnizamiento actual, lo que es la guerra de las naciones civilizadas comparada con una matanza de antropófagos. A la civilización de hoy, cuyos caracteres distintivos son el pesimismo, la mentira y el egoísmo, véase suceder una civilización de verdad, de amor y de bienestar. La humanidad, que es hoy una idea abstracta, será entonces un hecho positivo. ¡Felices las generaciones futuras que podrán vivir en el seno de la unión fraternal, sinceras instruídas, libres y buenas.

---

Hemos llegado al término de nuestro trabajo.

Con amor, con entusiasmo, hemos visto como Max Nordau señalaba uno por uno los vicios, los defectos y las mentiras de la civilización, y nos hemos complacido en extractarlas cuidadosamente para que no se nos escapase una sola idea, procurando conservar á cada una el mismo valor que les dió la poderosa inteligencia del autor, para que el lector pudiese ver en su propia conciencia y en la contemplación de cuanto le rodea, magistralmente agrupado ante su consideración, las causas del mal que nos agobia, de las injusticias que nos envilecen y de la tiranía que nos reduce á una condición inferior á las bestias.

Admiramos la valentía con que acusa al cristianismo de rémora del progreso, y, por tanto, de culpable de los infinitos males sufridos durante su larga dominación, al mismo tiempo que el acierto con que expone las deplorables consecuencias del antagonismo de los intereses creados por el egoísmo. Semejante trabajo, lejos de provocar escepticismo, es, por el contrario, el único medio de desarrollar los más bellos y humanitarios ideales, porque por el conocimiento de las causas del mal se llega á la esperanza de su destrucción, y, por consecuencia, á la aspiración racional de la sociedad justa y perfecta.

Dejamos al juicio de nuestros lectores la consideración de tan bellos pensamientos y terminamos sintiendo la íntima satisfacción de haber cooperado con nuestro trabajo á la práctica de una obra verdaderamente revolucionaria.— L.

---

#### EL HUNDIMIENTO DE NUESTRO SISTEMA INDUSTRIAL

**T**odos recordarán el notable capítulo sobre la división del trabajo con el cual Adam Smith abrió su investigación de la naturaleza y de las causas de la riqueza de las naciones. Aun aquellos de nuestros economistas contemporáneos que rara vez consultan las obras del padre de la economía política y á menudo olvidan las ideas que los inspiraban, saben casi de memoria aquel capítulo; tantas veces ha sido copiado y recopiado desde aquel tiempo. Ha llegado á ser un artículo de fe, y toda la historia económica del siglo que ha transcurrido desde que escribió Adam Smith, ha sido como quien dice un comentario continuo sobre aquel capítulo. La división del trabajo era su objetivo. Y la división y subdivisión — la subdivisión permanente — de las funciones ha sido llevada tan lejos, que



la humanidad se divide en castas que se hallan casi tan sólidamente establecidas como las de la antigua India.

Tenemos en primer lugar la gran división en consumidores y productores; productores que consumen poco por un lado y consumidores que producen poco por otro. Desde luego, entre los primeros, hay una serie de subdivisiones: el trabajador manual y el trabajador intelectual, enteramente separados uno del otro en detrimento de ambos. Los trabajadores agrícolas y los obreros industriales, y entre estos últimos otra vez subdivisiones innumerables tan diminutas, en efecto, que el tipo moderno del obrero parece ser un hombre ó una mujer, ó mejor aún una niña ó un muchacho sin el conocimiento de ningún oficio, sin la idea siquiera de la industria en que se ocupa, y solamente capaz de hacer todo el día y toda la vida la misma parte infinitesimal de algo: que desde la edad de 13 á 60 años empuja el carro de carbón en un punto dado de la mina ó hace el resorte de un corta plumas ó «la décima octava parte de un alfiler.» Siempre sirvientes de alguna máquina de tal y cual clase, simples partes de carne y hueso de alguna inmensa maquinaria sin idea alguna de cómo y por qué la maquinaria verifica sus rítmicos movimientos.

El arte de los artesanos desaparece cual resto de un pasado condeñado al olvido. El artista que antes encontraba una fruición estética en la obra de sus manos queda sustituido con el esclavo humano de un esclavo de hierro. Hasta el trabajador agrícola que antes solía encontrar un alivio de las penas que sufría en la casa de sus antepasados, el futuro hogar de sus hijos, en su amor al campo y el trato animado de la naturaleza, también ha sido destinado á desaparecer por amor á la división del trabajo. Es aquél un anacronismo, debe ser sustituido en una hacienda modelo con un siervo ocasional alquilado para el verano y despedido cuando llega el otoño, un vagamundo que jamás volverá á ver el campo en que ha recolectado la cosecha una vez en su vida; hé aquí, se nos dice, el trabajador agrícola del porvenir.

No pasarán muchos años, dicen los economistas, sin reformar la agricultura en conformidad con los verdaderos principios de la división del trabajo y de la moderna organización industrial.

Deslumbrados por los resultados obtenidos en nuestro siglo por los maravillosos inventos, nuestros economistas y políticos fueron más allá en sus sueños de división del trabajo. Proclamaban la necesidad de dividir la humanidad entera en una especie de talleres nacionales, en que cada país tendrá su especialidad. Se nos decía, por ejemplo, que Hungría y Rusia estaban predestinadas por la naturaleza á producir trigo para alimentar á los países manufactureros, que Inglaterra había de proveer el mercado universal de tejidos de algodón, objetos de hierro y carbón; Bélgica de paños, y así sucesivamente. Hasta dentro de cada nación las diferentes regiones habían de tener su especialidad. Así ha sido desde hace algún tiempo, y así parece que debiera continuar. Se han hecho fortunas de esta manera y seguirán haciéndose del mismo modo. Habiéndose proclamado que la riqueza de las naciones se mide por la cantidad de ganancias hechas por los pocos, y que las ganancias más grandes se hacen mediante la especialización del trabajo, no se concibió que pudiera surgir la duda de si los seres humanos se someterían siempre á semejante especialización, de si las naciones podían ser especializadas como lo son los obreros. Si esta teoría era buena para el día, ¿para qué preocuparse del día siguiente? el de mañana tendrá su propia teoría.

Y así sucedió; el estrecho concepto de la vida, como si las ganancias fuesen el único estímulo de la sociedad humana, y la opinión testaruda de que lo que ha existido ayer ha de continuar para siempre, ha resul-



tado estar en discordancia con las tendencias de la vida humana, y la vida ha seguido otro rumbo. Nadie negará el alto grado de producción que puede alcanzarse por la especialización, pero precisamente en la proporción en que el trabajo que se exige del individuo en la producción moderna. Se hace más sencillo y más fácil de aprender, y por lo tanto, también más monótono y pesado; las necesidades del individuo de variar de trabajo para ejercitar todas sus capacidades, se hacen cada vez más evidentes. La humanidad percibe que no es ninguna ventaja para la comunidad el clavar á un sér humano para toda su vida en un punto dado, en un taller ó en unas minas, privándole del trabajo que le pondría en relación libre con la naturaleza, que haría de él una parte consciente del gran conjunto, participando de los más elevados goces de la ciencia y del arte, del trabajo libre y de la creación.

Las naciones también se resisten á especializarse. Cada nación es un agregado compuesto de gustos é inclinaciones, de necesidades y de cursos, de capacidades y poderes inventivos. El territorio ocupado por cada nación es á su vez una red muy variada de suelos y climas, de montes y valles, de vertientes que conducen á una variedad todavía mayor de territorios y razas. La variedad es el rasgo distintivo, tanto del territorio como de sus habitantes, y esta variedad implica una variedad de ocupaciones. La agricultura provoca las manufacturas y las manufacturas sostienen á la agricultura.

Ambas son inseparables, y la combinación y la interpretación de ambas producen los resultados más grandiosos. A medida que los conocimientos técnicos están al alcance de todo el mundo, á medida que se hacen internacionales y no pueden ocultarse ya, cada nación adquiere la posibilidad de aplicar toda la variedad de las empresas industriales y agrícolas. El conocimiento hace caso omiso de las artificiales fronteras políticas, y lo mismo hacen las industrias; la tendencia individual de la humanidad es tener la mayor variedad posible de industrias reunidas en cada país, en cada región, separada al lado de la agricultura. Las necesidades de las aglomeraciones humanas corresponden, pues, á las necesidades del individuo, y mientras que una división temporal de funciones continúa siendo la garantía más segura del éxito en toda empresa aislada; en cambio, la división permanente está condenada á desaparecer, sustituyéndose una variedad de empresas intelectuales, industriales y agrícolas, según las diferentes capacidades del individuo y la variedad de capacidades dentro de cada agregado humano.

Si de esta manera nos sustraemos á la pedantería de nuestros libros de texto y examinamos la vida humana en conjunto, no tardamos en descubrir que mientras todos estos beneficios de una división temporaria del trabajo deben conservarse, es hora ya para reclamar los de la integración del trabajo. La economía política é individualista ha tenido bastante tiempo para predicar la división, nosotros proclamamos la integración y sostenemos que el ideal de la sociedad; esto es, el estado de cosas hacia el cual la sociedad se dirige es una sociedad de trabajo integrado, una sociedad en la cual cada individuo es un productor de trabajo manual é intelectual, todo sér humano de cuerpo hábil es trabajador, todo trabajador trabaja lo mismo en el campo que en el taller industrial, todo grupo de individuos bastante grande para disponer de cierta variedad de recursos naturales, sea nación, sea región, produce y consume él mismo su propia producción agrícola y manufacturera.

Naturalmente, mientras la sociedad permanece organizada de manera que permite á los poseedores de la tierra y el capital bajo la protección del Estado y de los derechos históricos apropiarse el excedente anual de la producción humana, semejante cambio no puede llevarse á cabo por



completo; pero el actual sistema industrial, basado sobre la especialización permanente de las funciones, lleva ya en sí los gérmenes de su propia ruina. Las crisis industriales que se hacen más agudas y prolongadas, y resultan peores y más intensas por los armamentos y las guerras que implica el sistema actual, hacen su mantenimiento cada vez más difícil. Además, los trabajadores manifiestan claramente su intención de no soportar más con paciencia la miseria consiguiente de tales crisis, y cada crisis acelera el día en que las presentes instituciones de la propiedad y producción individual se conmoverán en sus fundamentos, produciendo las luchas internas cuyo grado dependerá de la mayor ó menor sensatez de las clases ahora privilegiadas.

Pero sostenemos también que toda tentativa socialista de reformar las presentes relaciones entre el capital y el trabajo fracasará si no tiene en cuenta las mencionadas tendencias hacia la integración. Esas tendencias no han recibido aún, á nuestro entender, la debida atención por parte de las diferentes escuelas socialistas que, sin embargo, deben estudiarlas. Una sociedad reorganizada habría de abandonar el error de naciones especializadas para la producción, sea agrícola, sea manufacturera; habrá de fiarse de sí misma para la producción de los alimentos y las más de las materias primeras, deberá buscar el mejor medio de combinar la agricultura con la manufactura, el trabajo del campo con una industria descentralizada, y deberá procurar la educación integral, la que sólo enseñando la ciencia y el trabajo manual desde la infancia, puede dar á la sociedad los hombres y las mujeres que realmente necesitan.

Cada nación ha de ser su propio agricultor y manufacturero, trabajando cada individuo en el campo y en algún arte industrial. Cada individuo ha de combinar el conocimiento científico con el práctico de un oficio, tal es la tendencia actual de las naciones civilizadas. Las siguientes páginas están destinadas á demostrar el primero de estos tres asertos.

El prodigioso desarrollo de las industrias en la Gran Bretaña, y el simultáneo desenvolvimiento del tráfico internacional que ahora permite el transporte de las materias primeras y de los artículos de alimentación en una escala gigantesca, han formado la idea de que unas pocas naciones de la Europa occidental estaban destinadas á ser los fabricantes del mundo. Ellas necesitaban, así se argüía, proveer el mercado de géneros manufactureros para sacar en cambio de toda la superficie de la tierra los alimentos que no pueden producir por sí mismas, como también las materias primeras que necesitan para sus fábricas. La rapidez, cada vez mayor, las comunicaciones transoceánicas y el constante aumento de las facilidades de la navegación, han contribuído á arraigar aquella idea. Mirando los cuadros entusiastas del comercio internacional, pintados con maestría por Neumann-Spallart, el estadista y casi el poeta del comercio del mundo, nos sentimos realmente inclinados á caer en éxtasis ante los resultados llevados á cabo. — «¿Por qué hemos de producir trigo, criar bueyes y carneros, cultivar hortalizas, someternos al penoso trabajo del labriego y del colono y observar con ansiedad el firmamento por temor de una mala cosecha, cuando podemos obtener con mucho menos trabajo, montañas de trigo de India, América, Hungría ó Rusia; carne de Nueva-Zelandia; legumbres de Francia; manzanas del Canadá; uvas de Málaga, etc., etc.; exclaman los europeos occidentales. Ahora ya, dicen, nuestra alimentación, aun en las familias modestas, consta de productos recogidos de todas partes del globo. Nuestra tela se hace de fibras cultivadas y de lana esquilada en todas partes del mundo. Las pampas de América y Australia, las montañas y estepas de Asia, las soledades heladas de las regiones árticas, los desiertos de Africa, y las profundidades de los océanos, los trópicos y las



tierras circumpolares son nuestros tributarios. Todas las razas humanas contribuyen sin excepción con su parte para proveernos de nuestros alimentos de costumbre y de lujo, de los vestidos sencillos y de trajes de moda, mientras que nosotros les enviamos en cambio el producto de nuestra superior inteligencia, de nuestros conocimientos técnicos, de nuestras poderosas capacidades para la organización industrial y comercial. No es una vista grandiosa este cambio activo é intrincado de productos sobre toda la haz de la tierra, que ha sugerido repentinamente dentro de unos pocos años.»

El cuadro es grandioso, ¿pero quién garantiza que no es una alucinación? ¿es necesario que así sea? ¿es ventajoso para la humanidad? ¿á qué coste ha sido obtenido, y cuánto tiempo durará?

Volvamos setenta años atrás. Francia yace postrada al final de las guerras napoleónicas, su joven industria, que había empezado á levantarse á fines del siglo pasado, queda aplastada; Alemania é Italia yacen inertes en el campo industrial; los ejércitos y la gran República han asesado un golpe mortal á la servidumbre en el continente, pero la vuelta de la reacción intenta restaurar la decadente institución, y la servidumbre significa la ausencia de toda industria que valga la pena. Las terribles guerras entre Francia é Inglaterra, que suelen explicarse por causas puramente políticas, tenían una significación mucho más profunda, una significación económica, eran guerras por la supremacía en el mercado del mundo, guerras contra el comercio y la industria de Francia, é Inglaterra ganó la batalla, se hizo soberana de los mares; Burdeos ya no fué rival de Londres, y las industrias francesas parecían ahogadas en capullo. Favorecida por el poderoso impulso dado á las ciencias naturales y á la tecnología por la gran era de las invenciones, no encontrando serios competidores en Europa, Inglaterra empezó á desarrollar sus fábricas, producir en grande en cantidades inmensas, tal era la consigna; las necesarias fuerzas humanas que se hallaban exparcidas en la población rural, viéronse expulsadas en parte de los campos y atraídas á las ciudades por los salarios elevados, se creó la maquinaria que hacía falta, y la producción británica marchó á paso de gigante en el curso de menos de setenta años, de cuyas resultas, de 1810 á 1878 la producción de carbón subió de 10 millones de toneladas á 133; la importación de materias primeras subió de 30 millones de toneladas á 380, y la exportación de géneros fabricados, de 46 millones de libras á 200; el tonelaje de la marina mercante fué casi triplicado y se construyeron 24,000 kilómetros de ferrocarriles.

Es inútil repetir el coste á que fueron obtenidos estos resultados: las terribles revelaciones de las comisiones parlamentarias de 1840 á 1842 con respecto al estado atroz de las clases manufactureras, las cuentas de los Estados despoblados y los del motín de India resuenan todavía en la memoria, y quedarán como monumentos permanentes haciendo ver los medios por los cuales la gran industria fué implantada en Inglaterra. Pero la acumulación de riquezas en las manos de las clases privilegiadas siguió adelante con una velocidad nunca soñada. Las riquezas increíbles que asombran al extranjero que visita las casas de los lores ingleses fueron amontonadas durante aquél período; la vida excesivamente dispendiosa que hace que una persona que se considere rica en el continente, tiene en Inglaterra una posición simplemente modesta, se introdujo en aquel tiempo. La propiedad impuesta se duplicó durante los últimos 30 años de aquel período, y en el espacio de los mencionados 70 años la friolera de 5,000.560.000,000 de duros, fueron invertidos por capitalistas ingleses en industrias ó empréstitos extranjeros.

Pero el monopolio de la producción industrial no podía continuar





siempre en aquel país, siendo imposible mantener los conocimientos industriales y el espíritu emprendedor como privilegio de las Islas Británicas. Con fatal necesidad empezaron á cruzar el canal y á extenderse sobre el continente. La gran revolución había creado en Francia una numerosa clase de propietarios territoriales que disfrutaron cerca de medio siglo un bienestar relativo, ó al menos un trabajo seguro. Por esto las filas del proletariado urbano, condición necesaria para el desarrollo de las industrias, iban aumentando lentamente. Pero la revolución de la clase media de 1789 á 1793 había ya hecho una distinción entre los labradores propietarios y los proletarios de aldea, y, favoreciendo á los primeros en detrimento de los últimos, obligó á los labriegos que no tenían casa ni tierra á abandonar sus pueblos y formar así el primer núcleo de las clases obreras entregadas á la merced de los fabricantes. Además los propietarios labradores mismos, después de disfrutar un período de innegable prosperidad, empezaron á su vez á sentir el aprieto de los malos tiempos, viéndose obligados á buscar ocupación en las fábricas. La revolución y las guerras habían paralizado el crecimiento de la industria, pero empezó otra vez á desarrollarse, en la segunda mitad de nuestro siglo se fué perfeccionando, y ahora, á pesar de la pérdida de Alsacia, Francia ya no es tributaria de Inglaterra por los productos manufactureros como lo era 30 años atrás; hoy su exportación de géneros de manufactura se valúa en cerca de la mitad de la de la Gran Bretaña y dos tercios de la misma son géneros textiles.

Alemania sigue el mismo rumbo, durante los últimos 25 años y sobre todo desde la última guerra su industria ha sufrido una reorganización completa. Su maquinaria ha mejorado radicalmente y sus fábricas de reciente fundación están dotadas de máquinas que representan la última palabra del progreso técnico; tiene abundancia de trabajadores y tecnólogos que han recibido una educación técnica y científica superior, y en su ejército de químicos, físicos é ingenieros que no encuentran destinos oficiales, la industria tiene un apoyo inteligente y poderosísimo. En conjunto ofrece Alemania ahora el espectáculo de una nación en el período de auge con todas las fuerzas de un nuevo vuelo en todos los terrenos de la vida. Treinta años atrás era parroquiana de Inglaterra, ahora es ya una terrible competidora en los mercados del Sur y del Este, y, dada la velocidad del desarrollo de sus industrias, su competencia se hace cada día más terrible.

La ola de la producción industrial originada en el Noroeste de Europa, se va extendiendo hacia el Este y el Sudeste, ocupando un radio cada vez mayor. A medida que avanza hacia el Este, penetrando en países más jóvenes, implanta allí todos los perfeccionamientos debidos á un siglo de invenciones mecánicas y químicas y toma de la ciencia toda la ayuda que ésta puede dar á la industria, y encuentra las poblaciones ansiosas de aprovechar los últimos resultados de los conocimientos modernos. Las nuevas fábricas de Alemania empiezan donde Manchester había llegado después de un siglo de experimentos, y Rusia empieza allí donde Manchester y Sajonia han llegado ahora; Rusia á su vez trata de emanciparse de su dependencia de la Europa occidental y empieza á producir con rapidez todos los géneros que antes importaba de Inglaterra ó de Alemania. Los aranceles protectores pueden á veces ayudar al desarrollo de las nuevas industrias, y otras veces impiden el perfeccionamiento de las que ya existen, pero la descentralización y la fabricación va adelante con ó sin arancel protector y, hasta podría decirse, á despecho del mismo. Austria-Hungría é Italia marchan por el mismo camino desarrollando sus industrias nacionales, y hasta España va á unirse con la familia de las naciones manufactureras.



Hay más aún: India, el Brasil y México, con ayuda de los capitales y conocimientos ingleses y alemanes, empiezan á instalar industrias nacionales en sus respectivas tierras. Finalmente, preséntanse los Estados-Unidos como competidor poderoso y terrible contra todos los países manufactureros de Europa. A medida que su inmenso territorio va haciéndose propiedad de unos pocos y la tierra libre de algún valor resulta tan difícil de adquirir como en Europa, las fábricas han de salir forzosamente y van creciendo con tal rapidez, con velocidad americana, que en pocos años los mercados ahora neutrales quedarán invadidos por los géneros americanos. El monopolio de los que se presentaron primero en el campo industrial ha dejado de existir, y no renacerá por más que se hagan esfuerzos espasmódicos para volver á un estado de cosas que pertenece ya al dominio de la historia. Nuevos caminos, nuevas salidas han de buscarse. El pasado ha vivido y ya no volverá á vivir.

Antes de continuar, permítaseme ilustrar la marcha de las industrias hacia el Este con unas cuantas cifras, empezando con el ejemplo de Rusia, no porque la conozca mejor ó porque la estadística industrial rusa, aunque lenta en publicarse, esté más llena de datos que la de Austria ó Italia, sino porque Rusia es la que ha venido últimamente al campo industrial. Treinta años atrás era considerada como el ideal de una nación agrícola destinada por la naturaleza misma á proveer á otras naciones de alimentos y á sacar sus necesidades de manufacturas del Oeste. Así fué realmente treinta años atrás, pero ya no es así. Eliseo Reclus, en su *Geografía Universal*, ha dado una curva destinada á mostrar el crecimiento de las industrias rusas desde 1859, y esta modesta curva vale páginas enteras contando á la vista de una vez el súbito aumento de las fábricas rusas. Pocos años después de la emancipación de los siervos en 1861, el año de la emancipación, Rusia tenía solamente 14,060 fábricas que producían anualmente por valor de 180 millones de duros. Veinte años más tarde el número de los establecimientos había subido á 35,160 y su producción anual era casi cuatro veces mayor, y en 1884, aunque el censo omitió las manufacturas pequeñas, el producto de la fabricación llegaba ya á 575 millones de duros.

El rasgo más noble de la industria rusa es que la producción de cada obrero ha duplicado, y en las principales industrias ha triplicado, aunque el número de obreros manufactureros no ha llegado á duplicarse desde el año 1861 y desde el año 1879 ha quedado casi estacionario. El término medio de la producción por obrero era menos de 350 duros al año en 1861, ahora alcanza 815; así pues, el aumento de la producción se debe principalmente al perfeccionamiento de la maquinaria, sobre todo desde 1870. Formando ramas aisladas, sobre todo las industrias textiles y los talleres de maquinaria, el progreso se presenta todavía más notable (1).

(1) Si consideramos solamente los años que precedieron á 1879 cuando los derechos de importación fueron aumentados casi en un 30 por %, y se adoptó definitivamente el sistema proteccionista, recordamos, sin embargo, el siguiente progreso en la industria algodonera. El número de obreros empleados aumenta tan sólo en 25 por %, mientras que la producción crece 300 por %, el valor del producto anual del obrero aumenta de 225 á 585 duros. La opinión unánime de los peritos en la Exposición de 1882, era que en la manufactura algodonera rusa se había realizado últimamente un perfeccionamiento considerable, confirmando la exactitud de este aserto la baratura y el buen gusto de los tejidos de algodón que ahora se fabrican en Rusia. Lo mismo sucede, aunque en menor escala con respecto á la industria lanera, y completamente en la sedera. En cuanto á los talleres de máquinas no sería justo hacer comparaciones entre 1884 y durante los últimos diez años, haciendo constar el catedrático Kirpicheff que el progreso realizado puede apreciarse mejor por la gran perfección alcanzada en la construcción de los tipos más perfectos de las grandes máquinas de vapor, las locomotoras y en la fabricación de tubos de agua, á pesar de la competencia de Glasgow. Rusia ya no necesita importar nada de su material de ferro-carriles, gracias al progreso hecho bajo



Además, estas cifras, refiriéndose solamente á las manufacturas que presentan un balance anual de más de 1,000 duros, no incluyen la inmensa variedad de oficios domésticos, que también han aumentado considerablemente, corriendo parejas con las fábricas. Las industrias case-  
ras, tan características de Rusia y tan necesarias en su clima, ocupan ahora más de 7 millones de aldeanos, y su producto total se estimaba pocos años há en más de la producción total de las fábricas, excediendo á 900 millones de duros al año. Más tarde volveré á hablar de este asunto, y ahora diré solamente que, aun en las provincias más fabriles de Rusia, las existentes alrededor de Moscou, la tejeduría doméstica ofrece un balance anual de 22  $\frac{1}{2}$  millones de duros y que hasta en la Caucasia Septentrional, donde las industrias pequeñas son de introducción reciente, hay en las casas de los aldeanos 45,000 telares que producen anualmente por un millón de duros.

En cuanto á las industrias mineras no incluídas en las cifras mencionadas, el producto de las minas de carbón del Don, á pesar de la competencia de la leña y del petróleo (1) se ha duplicado durante los últimos diez años, y en Polonia se ha cuadruplicado, de modo que en 1884, antes del último aumento de los derechos solamente una tercera parte de los 193 millones de quintales consumidos en Rusia era de importación. Casi todo el acero, y tres cuartas partes del hierro usado en Rusia son de producción nacional, y los ocho talleres rusos dedicados á la fabricación de carriles de acero, bastan para echar al mercado cada año 6 millones de quintales de carriles.

No es extraño, pues, que la importación de manufacturas en Rusia sea tan insignificante y que desde 1870; esto es, nueve años antes del aumento general de los derechos, la proporción de los géneros fabricados en la importación general haya disminuído constantemente (2).

Las manufacturas hacen ahora solamente una quinta parte de las importaciones, y mientras que las de Inglaterra á Rusia alcanzaba al valor de 81  $\frac{1}{2}$  de duros en 1872 fueron solamente de 61  $\frac{1}{2}$  en 1884, correspondiendo á las manufacturas poco más de 10 millones y siendo el resto artículos de alimentación ó materias primeras, y productos medio elaborados (metales, hilados, etc.). En efecto, la importación de los productos nacionales ingleses ha disminuído en el curso de diez años de 44 millones á 25, quedando el valor de los géneros manufacturados ingleses importados en Rusia reducido á las siguientes cantidades insignificantes: maquinaria 1.042,550 libras esterlinas; géneros de algodón, 625,600 libras; géneros de lana, 260,800, etc., etc.; pero la depreciación de las mercancías inglesas importadas en Rusia es todavía más chocante; así por ejemplo, en 1876 importáronse en Rusia 8 millones de quintales de metales ingleses, pagándose por ellos y por los mismos 6 millones de libras, y en 1884 la misma cantidad fué pagada con solamente 3.400,000 libras, y el mismo descenso de los precios se observa en todos los géneros, aunque no siempre en la misma proporción.

la instrucción de ingenieros ingleses, y en parte alemanes. En cuanto á la maquinaria agrícola hecha en el país, el corresponsal del *Thimes* está conforme con los noticieros rusos en reconocer que compite con éxito hasta con la maquinaria americana, aunque ésta es mucho más barata y más apropiada á las llanuras rusas que la inglesa.

(1) De los 1,246 vapores que recorren los ríos rusos, una cuarta parte gastan petróleo, y la mitad leña, este es también el combustible principal de los ferrocarriles y herrerías.

(2) El carácter de la importación inglesa en Rusia se vé mejor por el siguiente cuadro.

	Géneros manufacturados	Materias primeras y medio elaboradas	Comestibles
1866-1870 . . . .	31 por 100	46 por 100	23 por 100
1884 . . . . .	19 por 100	58 por 100	23 por 100



Sería un grave error el imaginarse que el descenso de la importación extranjera sea debido principalmente á los elevados derechos proteccionistas, y, que por lo tanto, los rusos lo pagan todo mucho más caro que los europeos del Occidente. El descenso de la importación se explica mucho mejor por el ascenso de las industrias nacionales. Los derechos de protección han contribuído, sin duda, junto con otras causas, á atraer á Rusia á los fabricantes alemanes é ingleses. Sotdz, el Manchester de Polonia, es enteramente una ciudad alemana, y los indicadores comerciales de Rusia están llenos de apellidos ingleses y alemanes. Capitalistas ingleses y alemanes, ingenieros y capataces ingleses, han planteado en Rusia las perfeccionadas fábricas de algodón de sus países y se ocupan ahora en perfeccionar las industrias laneras y la producción de maquinaria, pero no hay la menor duda, y de esta opinión participan muchos fabricantes rusos, que las industrias se han arraigado ya de tal manera que el libre-cambio no estorbaría su desarrollo ulterior, y si en Rusia se derriba el absolutismo, la libertad política sería seguida de un nuevo empuje en el crecimiento de las industrias. El cambio puede venir de una manera más ó menos pacífica ó bajo los truenos de una revolución agrícola, pero por diferentes que sean los resultados para las masas obreras, la producción capitalística en un caso y la industria libre en el otro, la consecuencia del cambio sería un nuevo y rápido desenvolvimiento de la industria; la educación técnica que ha sido suprimida sistemáticamente por el gobierno, hasta ahora, se desarrollaría y extendería rápidamente, y en pocos años Rusia, con sus recursos naturales y su juventud laboriosa que aun ahora trata de combinar la habilidad manual con la ciencia vería pronto su poder industrial decuplicado. Ella *farà da sè* en el campo de la industria, fabricando todo lo que necesite, y sin embargo seguirá siendo una nación agrícola: ahora solamente 1 millón, de los 80 que forman la población de la Rusia europea, trabaja en las fábricas, mientras que 7  $\frac{1}{2}$  millones combinan la agricultura con la manufactura.

Las cifras pueden triplicarse sin que Rusia deje de ser una nación agrícola, pero cuando se triplique no habrá lugar á la importación de géneros manufacturados, porque un país agrícola tendrá sus productos fabriles más baratos que otros países que viven de alimentos importados.

Esto es aún más verdad con respecto á otras naciones europeas mucho más adelantadas en su desenvolvimiento industrial; sobre todo Alemania. Tanto se ha escrito recientemente sobre la competencia que Alemania hace á la industria británica, hasta en los mercados británicos, y tanto puede aprenderse de esto por una simple inspección de las tiendas de Londres, que no hay para que entrar en largos detalles. Varios artículos de revistas, la correspondencia que sobre esto hubo en el *Daily Telegraph*, en Agosto de 1886, numerosos informes consulares cuyo resumen publican regularmente los principales diarios, pero que son todavía más elocuentes en el original, y finalmente los discursos políticos han familiarizado la opinión pública de Inglaterra con la importancia y el alcance de la competencia alemana. Y las fuerzas que la industria alemana saca de la superior educación técnica de sus trabajadores, ingenieros y hombres de ciencia, se han hecho constar tantas veces por los promovedores del movimiento de educación técnica, que las causas del repentino desarrollo de la Alemania como fuerza industrial deberían ser muy conocidos; donde antes se necesitaban decenios para desarrollar una industria, ahora bastan pocos años, 25 atrás solamente 8,300 toneladas métricas de algodón en bruto fueron importadas en Alemania, exportándose 830 toneladas de tejidos de algodón, pues el hilado y tejido de algodón era una insignificante industria doméstica. En 1884 la importación del algodón en bruto alcanzaba 180,000 toneladas y la exportación de tejidos 25,000 toneladas, en



nueve años, es decir, de 1875 á 1884, el número de husos en la industria lanera se había duplicado, y mientras se importaban 100,000 toneladas métricas de lana en bruto la exportación de lanerías alcanzaba la cifra de 21,000 toneladas en 1884.

El Dr. Francké, señalando muy francamente varios inconvenientes secundarios de las manufacturas alemanas, sostiene que las lanerías alemanas no son inferiores á las inglesas, con las cuales compiten en efecto en los mercados ingleses. Este tipo de aumento es ya bastante veloz, pero la industria linera crece con una velocidad todavía mayor, correspondiendo á Alemania 300,000 husos de los 2.700,000 que había en Europa en 1884, en las sederías con sus 87,000 telares, y su producción anual, por valor de 45.000,000 de duros. Alemania tan sólo es inferior á Francia solamente en el arte de hacer los hilados de algodón más finos, queda Alemania rezagada detrás de Inglaterra, pero todo indica que la desventaja se borrarán pronto, pues ya se instalan fábricas nuevas dotadas de maquinaria más perfecta y el próximo paso consistirá en emancipar la fabricación alemana de los comerciantes de Liverpool, importando el algodón en bruto directamente de los países en que se cultiva. El progreso realizado por la industria química alemana es bien conocido y harto sentido en Escocia y Northumberland; en cuanto á la maquinaria Alemania han cometido el error de remedar demasiado las muestras inglesas en vez de inventar otras nuevas, como han hecho los americanos; pero no se puede negar que sus imitaciones son excelentes y que en baratura compiten con mucho éxito con las máquinas é instrumentos ingleses. Excusado es hacer mención de la hechura superior de los aparatos científicos alemanes, pues bien lo saben los hombres de ciencia, aun en Francia.

A consecuencia de esto, la importación de géneros fabricados en Alemania va disminuyendo, la importación total de materias textiles, incluso los hilados, es tan reducida, que casi queda compensada por el valor de la exportación, y no cabe duda que no solamente los mercados alemanes quedarán pronto perdidos para los otros países manufactureros, sino que la competencia alemana se hará cada vez más sensible en los mercados del Occidente de Europa. Es muy fácil ganar aplausos de un público mal instruído, exclamando más ó menos patéticamente que la producción alemana no podrá jamás igualar la inglesa, el hecho es que compite con ésta en baratura, y á veces, cuando se necesita, en bondad de calidad, y esta circunstancia se debe en muchos casos á la relativa baratura de la vida, á una educación técnica ó á lo menos concretamente científica muy generalizada, á la posibilidad de establecer fábricas según los últimos modelos de las mejores inglesas y especialmente al período de despertamiento en todos los ramos de la actividad que Alemania ahora experimenta, después de un largo período de letargia. Este notable despertamiento se manifiesta en todos los conceptos en la literatura y en la ciencia, en la industria y el comercio, en el desarrollo de nuevos ideales, y si todavía hace falta más genio inventivo, más originalidad, debe reconocerse que en cuanto á la energía desplegada para obtener los resultados alcanzados Alemania ofrece ahora un espectáculo realmente grandioso.

La corriente de los desarrollos industriales, sin embargo, no se extiende solamente hacia el Sudeste y el Sud; Austria y Hungría van ganando rápidamente terreno en la carrera por la importancia industrial; la triple alianza ha quedado ya una vez amenazada por la creciente tendencia de los fabricantes austriacos de protegerse contra la competencia alemana y hasta la monarquía dualista ha visto recientemente que las naciones hermanas se disputaban sobre derechos de aduanas. Las industrias austriacas son un producto moderno y ya presentan un balance



anual de más de 500 millones de duros; la excelencia y la originalidad de la maquinaria usada en los nuevamente reformados molinos de harina de Hungría, dotados de ascensores y máquinas clasificadoras moviendo sus rollos de acero bajo los rayos de la luz eléctrica, enseñan que la joven industria húngara anda por buen camino, no solamente para hacer la competencia á sus hermanas mayores, sino también para contribuir por su parte al adelanto de nuestros conocimientos y sobre el uso de las fuerzas naturales. Carezco de datos numéricos sobre el estado actual del conjunto de industrias de Austria-Hungría, pero la importación relativamente baja de los géneros fabricados es digna de anotarse. Para géneros británicos Austria-Hungría no es un parroquiano que valga la pena, pero aun con respecto á Alemania se va emancipando rápidamente de su antigua dependencia.

El mismo progreso industrial se extiende sobre las penínsulas meridionales, ¿quién hablaba de manufacturas italianas diez años há? y, sin embargo, la Exposición de Turin de 1884 ha demostrado que Italia entra ahora en los países manufactureros. Se vé que en todas partes se hacen esfuerzos industriales y comerciales considerables, escribió un economista francés al *Temps*. Italia aspira á prescindir por completo de la producción extranjera; el lema patriótico es que Italia todo lo ha de hacer por sí sola y en esto se inspiran todos los productores; no hay fabricante ni comerciante, aún en los más insignificantes detalles, que no haga cuanto pueda para emanciparse de la tutela extranjera. Las mejores muestras francesas é inglesas son imitadas y perfeccionadas por un rasgo de genio nacional y de artísticas tradiciones. No hay estadística completa, de modo que el último anuario recurre á indicaciones indirectas, pero el rápido aumento de la importación de carbón (2.920,000 toneladas en 1884, contra 779,000 en 1861); el desarrollo de las industrias mineras que han triplicado su producción en los últimos 15 años; la creciente producción de acero y maquinaria (por cerca 15.000,000 de duros en 1880), que demuestra que un país que carece de combustible y de minerales puede sin embargo tener una notable industria metalúrgica, y finalmente el aumento de las industrias textiles revelado por la importación de algodón en bruto y el número de husos que casi se ha duplicado en cinco años (1), todo esto demuestra que la tendencia de convertirse en país manufacturero capaz de satisfacer sus necesidades con sus propias fábricas, no es un sueño. En cuanto á los esfuerzos que se hacen para tomar una parte activa en el comercio del mundo ¿quién no conoce la capacidad tradicional de los italianos en este concepto?

Debería mencionar también á España, cuyas industrias textil, minera y metalúrgica van creciendo rápidamente, pero corro á hablar de los países que pocos años atrás fueron considerados como parroquianos eternos y obligados de las naciones manufactureras del Oeste de Europa, por ejemplo, el Brasil, que estaba condenado por los economistas á cultivar algodón exportado en bruto y recibirlo devuelto en forma de tejidos. Veinte años atrás, sus nueve miserables fábricas podían ostentar solamente 385 husos, ahora hay en el Brasil 46 fabricas de algodón, de las que 5 tienen ya 40,000 husos, y todas juntas arrojan cada año á los mercados brasileños más de 33.000,000 de metros de géneros de algodón. El descenso continuo de la importación de algodones británicos, (de 3.498,000 libras esterlinas en 1880, á 2.475,000 en 1885), se explica

(1) La importación de algodón en bruto era de 291,880 quintales en 1880 y de 594,118 en 1885, el número de los husos era de 1.800,000 en dicho año contra 1.000,000 en 1877. Toda la industria se ha desarrollado desde 1859. La importación de hierro en barras ha sido de 700,000 á 800,000 quintales durante los cinco años de 1881 á 1885.



mejor por el incremento de estas fábricas que por el arancel proteccionista, y si los derechos proteccionistas cuentan por algo y puede acaso imponer Inglaterra el libre cambio con sus cañones á todas las naciones refractarias, si es incapaz de convertir á la política libre-cambista á su propia colonia del Canadá, hasta Veracruz de México empieza bajo la protección de sus empleados de aduanas á fabricar géneros de algodón ostentando en este año 40,200 husos, 287,700 piezas de algodón y 212,000 libras de hilados.

Pero la contradicción más palmaria á la teoría de la exportación, viene de India, que siempre ha sido considerada como parroquiana más segura de los algodones británicos y lo ha sido hasta ahora. De la exportación total de géneros de algodón de Inglaterra, India solía comprar casi una tercera parte (de 17 á 22.000,000 de un total de 75.000,000) pero las cosas han empezado á cambiar. Las fábricas indias de algodón, que por causas todavía no bien explicadas tenían poco éxito al principio, se han arraigado de repente; en 1860 consumían solamente 23.000,000 de libras de algodón en bruto, y en 1877 la cifra había aumentado casi cuatro veces, y desde entonces se ha duplicado alcanzando 184.000,000 en el año de 1885 á 1886; el número de las fábricas se ha elevado de 40 á 81, el de los husos de 886,100 á 2.037,055, el de los telares 8,537 á 61,596, hallándose ocupadas diariamente por término medio 57,188 obreros que produjeron 1.454,425 toneladas de géneros de algodón. La exportación de los hilados de algodón se ha más que duplicado en los últimos cinco años, y leemos en el último informe que los hilados que se importan es cada vez menos de la clase grosera y mediana, lo que indica que las fábricas indias van gradualmente apoderándose de los mercados indígenas. Las fábricas de yute han aumentado más rápidamente en India: en 1882 había 5,633 telares y 95,937 husos que ocupaban á 42,800 individuos, dos años más tarde había ya 6,926 telares y 131,740 husos, dando ocupación á 51,900 personas, y por esto vimos que mientras India continuaba importando la misma cantidad de géneros de algodón de Inglaterra, arrojaba á los mercados extranjeros por valor de 3.635,510 libras esterlinas de sus propios algodones, muestras de Lancashire, fabricadas en India por obreros indios y por cuenta de capitalistas ingleses é indios. La antes floreciente industria de yute de Dundee ha decaído, no solamente por los elevados aranceles de las potencias continentales, sino también por la competencia india, que exportó en 1884 á 1885 por valor de 1.543,870 libras esterlinas de géneros de yute. No sin cierto temor echan de ver los fabricantes ingleses que el valor de la importación de tejidos indios (de algodón, yute, seda, lana y bonote), que fué 461,086 libras, en 1881 ha alcanzado ahora la cifra de 667,300 libras. De todos modos hace una competencia seria á los productos británicos en los mercados de Asia y hasta Africa, y ¿por qué no? ¿qué habría de impedir el crecimiento de la manufactura india? ¿acaso la falta de capital? pero el capital no tiene patria, si puede sacar gran ganancia del trabajo de los *culis* indios, cuyos salarios son la mitad de los de los obreros ingleses ó aun menos, el capital irá á India como ha ido á Rusia, aunque su traslado signifique el hambre para el Lancashire y Dundee. ¿Es acaso la falta de conocimientos? pero la longitud y la latitud no son obstáculos para su esparcimiento; sólo los primeros pasos son difíciles; en cuanto á la superioridad de la obra de mano, ninguno que conozca al obrero indio dudará de sus capacidades, que seguramente no serán inferiores á las de los 91,611 niños y niñas menores de 13 años que se hallan empleados en la manufactura textil inglesa. Puede haber habido falta de capacidad organizadora durante algunos años en Calcuta y Bombay, pero esta capacidad, como el capital, va donde saca más provecho.



Volúmenes se han escrito sobre la actual crisis, que dura ya desde 1875, con un corto período de prosperidad para ciertas ramas de la industria en los años de 1880 á 1883, crisis que se extiende sobre los principales países manufactureros del mundo. Todas las causas posibles han sido examinadas, pero todas las conclusiones concuerdan con la de la comisión parlamentaria, que puede resumirse diciendo que en los países manufactureros no encuentran bastantes parroquianos para realizar grandes ganancias. Siendo la ganancia la base de la industria capitalística, la baja de las ganancias explica todas las consecuencias, la poca ganancia induce á los fabricantes á reducir los salarios ó el número de sus obreros, ó los días de trabajo ó, finalmente, apelar á la fabricación de clases inferiores de mercancías que suelen pagarse menos que las clases superiores. Como dice Adam Smith, la poca ganancia significa en último término una reducción de salarios, y los bajos salarios significan reducción del consumo por parte del obrero, y la poca ganancia significa también menor consumo por parte del fabricante, y ambas cosas juntas significan menor ganancia y consumo por parte de la inmensa clase de intermediarios que ha surgido en los países manufactureros, y esto á su vez significa la nueva reducción de las ganancias de los fabricantes. Un país que fabrica principalmente para la exportación, y por esto vive, sobre todo, de las ganancias sacadas de su comercio extranjero, se halla en una situación parecida á la de Suiza, que vive en gran parte de las ganancias que saca de los extranjeros que visitan sus lagos y glaciares: una «buena temporada» significa un ingreso de uno ó dos millones de libras esterlinas, importados por los turistas, y una «mala temporada» produce el efecto de una mala cosecha en un país agrícola, un empobrecimiento general; asimismo sucede en un país que fabrica para la exportación si la temporada es mala y los géneros exportados no pueden venderse por el doble de su valor en casa, y el país que vive principalmente de semejantes negocios, sufre. Poca ganancia para los fondistas de los Alpes, significa escasez en una gran parte de Suiza; poca ganancia para los fabricantes de Lancashire y Bermingham, significa escasez general en Inglaterra. La causa es la misma en ambos casos.

Durante muchos decenios no hemos visto tal baratura de trigo y de géneros manufacturados como ahora y, sin embargo, estamos sufriendo una crisis. Se dice que la causa es el exceso de producción, pero esta es una palabra vacía, si no significa que aquellos que tienen necesidad de toda clase de productos no tienen los medios para comprarlos con sus bajos salarios. Nadie se atreverá á afirmar que hay demasiados muebles en las mezquinas chozas, demasiadas camas y ropas en las viviendas de los trabajadores, demasiadas lámparas ardiendo en las cabañas, y demasiados abrigos en los hombros, no solamente de los que solían dormir en la plaza de Trafalgar entre dos diarios por sábanas, sino tampoco en aquellas familias en que cada individuo conserva cuidadosamente un traje-cito decente para los domingos. Y nadie afirmará que hay demasiado alimento en casa de los labriegos que ganan 12  $\frac{1}{2}$  pesetas por semana y pagan la carne á 90 céntimos la libra, ó de aquellos que ganan de 50 á 60 céntimos por día en la industria indumentaria ó en las pequeñas industrias que pululan en los arrabales de las grandes ciudades. El exceso de producción, significa pura y simplemente falta de medios de comprar entre los obreros. Con sus salarios no pueden comprar los géneros que ellos mismos han producido, porque los precios de estos géneros, por bajos que sean, incluyen las ganancias de los fabricantes y de los intermediarios.

La misma falta de medios de comprar sienten los obreros en todas partes del continente, pero es obvio que han de sentirse más en Inglaterra, que ha estado acostumbrada á sacar provecho de sus parroquianos



extranjeros, y ahora ve reducirse su comercio extranjero; aun aquellos que no admiten que haya un descenso notable en la exportación, reconocen de buena gana que los precios son tan bajos en comparación con los de 1873, que para alcanzar el mismo valor Inglaterra debería exportar cuatro piezas de algodón en lugar de 3, y 8 ó 10 toneladas de metal en lugar de 6. El conjunto de nuestro comercio extranjero en 1883 estimado á los precios de diez años atrás habría alcanzado 861.000,000 de libras en lugar de 667, nos dice la comisión sobre la depresión comercial.

Los mercados del país están repletos, los del extranjero se nos escapan, y en los mercados neutrales venden más barato que en Inglaterra. Tal es la conclusión á que debe llegar el desarrollo de la manufactura en todo el mundo. Grandes esperanzas se fundan ahora sobre Australia, pero ésta con su creciente número de gente desocupada no tardará en hacer lo que ha hecho el Canadá, empezará á fabricar, y la reciente exposición colonial enseñanda á los « colonistas » lo que pueden hacer, y la manera cómo deben hacerlo habrá acelerado el día en que toda colonia *farà da sè* á su vez. El Canadá impone ya derechos de protección á los géneros ingleses, pidiéndose al gobierno de dicha colonia continuamente nuevos aumentos de los derechos. En cuanto á los careados mercados del Congo y á los cálculos y promesas de Mr. Stanley, de un negocio de 26.000,000 de libras al año para la población de Lancashire por el suministro de mandiles para los africanos, semejantes promesas pertenecen á la misma categoría imaginaria que los célebres gorros de dormir para los chinos, que habían de enriquecer á Inglaterra. Los chinos prefieren los gorros de dormir hechos en casa, y en cuanto á la población del Congo, hay, por lo menos, cuatro naciones que se hacen la competencia para proveerla de su escaso traje, Inglaterra, Alemania, los Estados-Unidos é India.

Hubo un tiempo en que Inglaterra tenía casi el monopolio del comercio de géneros manufacturados, pero ahora, contando solamente los seis principales países manufactureros de Europa y los Estados-Unidos, la Gran Bretaña, aunque todavía ocupa el primer lugar, sin embargo, no exporta más que la mitad del total de las manufacturas que se exportan. Dos terceras partes son textiles y más de un tercio son algodones, pero mientras que treinta años atrás la Gran Bretaña tenía la supremacía de la industria algodonera, en 1880 tenía solamente un poco más de la mitad de los husos empleados en Europa, los Estados-Unidos é India (40.000,000 de 72.000,000) y un poco más de la mitad de los telares (550,000 de 972,000), iba perdiendo terreno cada vez más mientras los otros países iban ganando, hecho muy natural que podía preverse; no había razón para que la Gran Bretaña fuera siempre la gran fábrica de algodón del mundo; siendo así que el algodón había de importarse, era muy natural que Francia, Alemania, Italia, Rusia, India y hasta México y el Brasil hilaran ellos mismos sus hilados y tejieran sus géneros de algodón, pero la aparición en un país de la industria algodonera, ó de cualquier industria textil, es inevitablemente el punto de partida para el desenvolvimiento de una serie de otras industrias; las fábricas de productos químicos y de instrumentos, la metalurgia y la minería experimentan inmediatamente el impulso dado por una nueva necesidad. El total de las industrias nacionales, como también la educación técnica, no puede dejar de perfeccionarse para satisfacer aquella necesidad tan pronto como se hace sentir.

Lo que ha sucedido en el algodón pasa también con otras industrias, Inglaterra y Bélgica ya no tienen el monopolio de la fabricación de paños. Las inmensas fábricas de Verviers están paradas, los tejedores



belgas se hallan en la miseria mientras que Alemania aumenta cada año su producción de lanerías y exporta nueve veces más que Bélgica; Austria tiene sus fábricas de lana y exporta sus productos; Riga, Sodz y Moscow proveen á Rusia de finísimos paños, y el desenvolvimiento de la industria lanera en cada uno de estos países hace brotar centenares de industrias anexas.

Durante muchos años, Francia ha tenido el monopolio de la seda; criándose los gusanos de seda en el Mediodía de Francia, era muy natural que Lion llegara á ser un centro de fabricación de sederías. La hiladuría, la tejeduría doméstica y la tintorería se desarrollaron en grande escala, luego la industria tomó tal incremento que la producción nacional de seda cruda era ya insuficiente y ésta hubo de importarse de Italia, España, Austria meridional, Asia menor, el Cáucaso y el Japón, en la cantidad de 9 á 11 millones de libras en 1875 y 1876, mientras que Francia suministraba solamente 800,000 libras. Miles de muchachos y niños del campo fueron atraídos á Lion y sus alrededores por los altos salarios que daba la prosperante industria; pero poco á poco nuevos centros de fabricación de seda surgieron en Basilea y Zurich, cuyos capitalistas aprovecharon la emigración de trabajadores franceses después de la caída de la *Commune* para aplicar á la naciente industria los conocimientos de aquellos productores perseguidos; el gobierno del Cáucaso hizo venir obreros y obreras de Lion y Marsella para enseñar á los georgianos y los rusos el mejor medio de criar el gusano de seda y de trabajar su producto; Stavropol se hizo un nuevo centro de industria sedera; Austria y los Estados-Unidos hicieron lo mismo y ¿cuál ha sido el resultado? Durante los años de 1872 á 1881, Suiza ha más que duplicado su producción de sederías, Italia y Alemania la han aumentado en un tercio, y la región de Lion que antes fabricaba por valor de 454.000,000 de francos al año, presenta ahora un descenso solamente de 378.000,000. La exportación de las sedas de Lion que alcanzaba un termino medio de 425.000,000 en 1855 á 59 y de 460.000,000 en 1870 á 74, ha bajado á 233.000,000. Los especialistas franceses calculan que ahora hasta una tercera parte de los géneros de seda que se gastan en Francia proceden de Zurich, Crefeld y Barmen; hasta Italia, que ya tenía 2.000,000 de husos y 30,000 telares en 1880 (contra 14,000 en 1870) envía sus sederías á Francia (por 3.300,000 francos en 1881) y compite con Lion. Los fabricantes franceses pueden gritar pidiendo protección cuanto quieran ó recurrir á la producción de géneros más baratos, pueden vender ahora 3.250,000 kilogramos al mismo precio que antes vendían dos y medio millones. No recuperarán jamás la posición que ocupaban antes. Italia, Suiza, Alemania, los Estados-Unidos y Rusia tienen sus propias fábricas de sederías é importarán de Lion solamente las clases superiores; en cuanto á las inferiores, el *fular* ha llegado á ser una prenda común de las muchachas de servicio de San Petersburgo, porque la industria casera del Cáucaso septentrional lo suministra á un precio al que morirían de hambre los tejedores de Lion, y realmente se mueren de hambre. La miseria en Lion era tan grande en 1884 que los mal alimentados soldados de la guarnición compartían su pan con los tejedores y ahorran sus céntimos para aliviar la miseria; pero ni la caridad, ni los trabajos públicos en las fortificaciones remediarán el mal. La industria ha pasado irreparablemente, se ha descentralizado, y Lion no volverá á ser jamás el centro de la industria sedera que era 30 años atrás.

Ejemplos parecidos podrían presentarse á docenas. Greenock ya no provee de azúcar á Rusia, porque ésta lo produce en abundancia por el mismo precio que se vende en Inglaterra. La relojería ya no es una especialidad de Suiza, y yo he visto á hábiles relojeros ganando misera-



blemente su pan cardando lanas ó haciendo otra cosa. India extrae de sus noventa minas de carbón dos terceras partes de su consumo anual. La industria de productos químicos que se desarrolló á orillas del Clyre y Tuyne, gracias á las especiales ventajas de la importación de las piritas españolas, y la aglomeración de una gran variedad de industrias á lo largo de los dos estuarios está ahora en decadencia. España, con ayuda del capital inglés, empieza á utilizar ella misma sus piritas; Alemania las ha extraído en cantidad de 158,410 toneladas, fabricando no menos de 358,150 toneladas de ácido sulfúrico y 115,000 toneladas de sosa contra 42,500 en 1887, y ya se está quejando de exceso de producción, habiendo realmente descendido los precios de 23 marcos á 14 ó 12 los 100 kilogramos.

Pero basta ya. Tengo delante tantas cifras que todas dicen la misma historia, que podría multiplicar los ejemplos infinitamente. Es hora de concluir, y para toda inteligencia despreocupada la conclusión es evidente, las industrias de todas clases están descentralizadas y esparcidas sobre todo el globo, y en todas partes surge una variedad de industrias, en vez de la especialización. Tales son los rasgos prominentes de los tiempos en que vivimos, cada nación se hace manufacturera y el tiempo no está lejos en que cada nación de Europa, lo mismo que en los Estados-Unidos y hasta las más atrasadas de Asia y América se fabricarán ellas mismas casi todo lo que necesitan. Las guerras y varias causas accidentales pueden detener por algún tiempo el esparcimiento de las industrias, pero no lo pararán, es inevitable, para cada recién llegado son difíciles solamente los primeros pasos, pero así que una industria se ha arraigado hace brotar centenares de otras, y en seguida que se ha dado el primer paso y se han vencido los primeros obstáculos, el desarrollo de las industrias marcha á paso acelerado.

Este hecho es tan bien sentido, si no comprendido, que la caza de colonias ha llegado á ser el rasgo distintivo de los últimos veinte años. Cada nación quiere tener sus colonias, pero las colonias no servirán de nada, no hay otra India en el mundo, y las antiguas condiciones no se repetirán. Algunas de las colonias inglesas se van haciendo ya serios competidores de la metrópoli; otras, como Australia, no tardarán en seguir el mismo rumbo; en cuanto á los mercados todavía neutrales, China y el Japón no serán jamás serios parroquianos de Europa, pueden producir más barato en casa, y cuando empiecen á sentir la necesidad de géneros europeos, los podrán producir ellos mismos. ¡Ay de Europa, si necesita aún de la exportación para vivir, el día en que la máquina de vapor alcance carta de naturaleza en China! En cuanto á los semisalvajes africanos, su miseria no puede ser base de bienestar para una nación civilizada.

El progreso está en otra dirección, está en producir para el consumo de casa, los parroquianos para los algodones de Lancashire y la cuchillería de Sheffield, las sederías de Lion y las harinas de Hungría no están en India ni en Africa, están en medio de los productores de casa. Es inútil enviar tiendas flotantes á la Nueva Guinea con modas alemanas ó inglesas cuando hay abundancia de gente que quisieran ser consumidores de la modistería británica en la Gran Bretaña misma, como de géneros alemanes en Alemania, y en vez de rompernos la cabeza discutiendo planes para conseguir consumidores extranjeros, sería mejor tratar de contestar á las siguientes llanísimas preguntas: ¿Por qué no es el obrero británico, cuyas capacidades industriales se elogian tanto en los discursos políticos; por qué no es el colono escocés y el labrador irlandés, cuyos trabajos perseverantes para convertir en tierra productiva las turberas, se alaban tanto; por qué no son parroquianos para los teje-



dores de Lancashire, los cuchilleros de Sheffield y los mineros de carbón de Nortunberland y Gales? ¿por qué, no solamente dejan de llevar seda las tejedoras lionesas, sino que ni siquiera tienen pan en sus desvanes? ¿por qué venden su trigo los labriegos rusos, viéndose obligados durante cuatro y á veces ocho meses al año á mezclar cortezas y yerbas con un puñado de harina para cocer su pan? ¿por qué son tan frecuentes las carestías entre los productores de arroz y trigo de India? En las actuales condiciones de la división en capitalistas y trabajadores, en propietarios y masas que viven de salarios inseguros, el esparcimiento de las industrias sobre campos nuevos va acompañado de los mismos horribles hechos de opresión desapiadada, de matanza de niños, de pauperismo y de inseguridad de la vida, que vemos en centenares de industrias. Los informes de los inspectores de fábricas rusas de la cámara de comercio de Plauen y de la comisión italiana están llenos de las mismas revelaciones que trajeron los informes de las comisiones parlamentarias inglesas de 1840 á 1842, ó las revelaciones modernas sobre el sistema de explotación de Whitechapl y Glasgow y el pauperismo de Londres. El problema del capital y el trabajo resulta así universalizado, y al mismo tiempo simplificado. Volver al estado de cosas en que el trigo se cultiva y los géneros se fabrican para uso de aquellos mismos que los cultivan y producen, tal será, sin duda, la solución que se practicará en los próximos años de la historia europea. Cada región será ella misma la productora y consumidora de sus géneros fabricados, pero ello implica ineludiblemente que al mismo tiempo sea la productora y consumidora de productos agrícolas, y la explicación de esto, precisamente, formará el asunto de mi próximo artículo. — P. KROPOTKIN.

## LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

### XIII

**H**EMOS dicho que probablemente nos encontraríamos con que la solución del problema del trabajo depende en gran parte de la manera como se organicen los centros de producción, distribución y cambio. Vamos á examinar ahora la forma de esa organización.

Si hay dificultades en nuestro camino, y sin duda hallaremos muchas, espero descubrir de un modo inteligente las causas y naturaleza de tales dificultades. Nos preguntaremos, por tanto, de dónde provienen.

- 1.º ¿Son inherentes á nuestra naturaleza?
- 2.º ¿Son creadas por nosotros mismos?
- 3.º ¿Son interpuestas en nuestro camino por ignorancia ó con malicioso intento por aquellos cuyos intereses personales se oponen á un mejor estado social?

Si esto último, tenemos el deber de ilustrar á esas personas y demostrarles que no tienen nada que perder y sí mucho que ganar en el cambio y que nuestro deseo es no empobrecer á nadie, sino enriquecer á muchos; hacer al rico más rico, así como también al pobre. Necesitamos demostrarles además que nuestra tercera base axiomática es correcta, es decir, «que la capacidad productiva de la sociedad es superior á su capacidad consumidora.» En una palabra; tenemos que corregir sus ideas.

Si consiste en alguno de los puntos citados primeramente, hemos de corregir nuestras ideas propias.



Un conocimiento claro de las causas de una dificultad sugiere generalmente facilidades para vencerlas. Cualquier oposición que provenga, ya de los ricos, ya de los pobres, no tendríamos que vencerla si pusiéramos, por ejemplo, en práctica el siguiente método:

Supongamos por un momento que uno de nosotros, — yo, por ejemplo, — tuviera un millón de duros y que no deseara ser más rico de lo que soy, sino emplear mis riquezas en bien de los demás, así como también en el mío propio, y no como esos explotadores, Goulds, Vanderbilts, Astors y otros que amontonan uno sobre otros cientos de millones, sino modificar los métodos industriales y afirmarlos sobre bases de seguridad contra las guerras, la miseria y las revoluciones políticas y sociales; nada sería más sencillo y de este modo procedería yo.

Sin duda sería necesario que el pueblo viese los resultados finales de la operación, porque sus efectos momentáneos espantarían á los pequeños almacenistas y comerciantes que repetirían probablemente aquellas citadas palabras «*Othello's occupation's gone.*» Espantaría también á los trabajadores en cuyo beneficio se establecería; pues el efecto inmediato podría aumentar el coste de las mercancías en el mercado y así bajar los jornales momentáneamente por la concurrencia, los que se arreglarían tan pronto como el sistema se hiciese general.

Yo abriría en uno de los barrios más frecuentados de New-York, Boston, Filadelfia, Chicago, ó cualquier otra población grande, un inmenso almacén central ó *centro de cambio*, que dividiría en varios departamentos; por ejemplo:

- Uno para mercancías finas, telas y ropas de camas;
- Otra para hierros, quincalla, cuchillería, etc.;
- Otro para sombreros y gorras;
- Otro para ropas;
- Otro para botas y zapatos;
- Otro para vegetales y frutas frescas, secas y en conserva;
- Otro para huevos, queso, leche, manteca, etc.;
- Otro para vinos.
- Otro para carnes, pescado y caza.
- Otro para pan, dulces, pasteles, etc.;
- Otro para libros y periódicos;
- Otro para opiniones, recreos, etc.

Y además una especie de depósito general para maderas, cal, yeso, piedra, ladrillo y toda clase de materiales para construcción, carbón de piedra y de madera, leña, etc.

Estos departamentos serían surtidos desde el principio y siempre con productos de la mejor calidad, comprados al contado y vendidos al detalle del mismo modo, *nunca á crédito*. ¡No, bajo ningún pretexto! Se vendería con un aumento muy pequeño en el precio, pero esto con carácter exclusivamente provisional, hasta que pudiéramos vender *á precio de coste* todas esas comodidades producidas por nosotros mismos tan pronto como pudiéramos dar comienzo á la manufactura.

Tan luego como pudiéramos dar salida á una cantidad suficiente de los productos de cualquiera de las industrias mencionadas, para dar educación á algunos productores, estableceríamos un taller ó centro de producción. Por el momento, si vendiéramos suficiente pan y pasteles para dar trabajo á cuatro



ó cinco panaderos, estableceríamos inmediatamente una tahona. Si vendiéramos bastantes zapatos para sostener veinte operarios ó la mitad tan sólo, estableceríamos una zapatería. Si bastantes sombreros para emplear cinco sombreros, abriríamos una sombrerería. Si bastantes libros, periódicos impresos, una imprenta. Si dispusiéramos de bastantes parroquianos para sostener media docena de sastres, estableceríamos una sastrería; y así con las demás industrias.

Entonces pediríamos á las «Uniones de oficio» que nos surtieran de los mejores obreros y más capaces en sus industrias especiales para dirigir estos *centros de producción*; dichas Uniones ocuparían entonces su lugar correspondiente en el campo de la industria; esto es, el de inspeccionar, dirigir, mejorar, ennoblecer y enseñar el conocimiento y los secretos de cada arte especial á sus compañeros de trabajo.

Como venderíamos vino, vegetales, mantecas, quesos, frutas, granos, etc., estableceríamos también alquerías.

Como la venta de ladrillo, cal, piedra, etc., aumentaría, construiríamos hornos, fábricas de ladrillos, y abriríamos canteras. Cuando la demanda de carbón y de hierro fuese suficientemente grande, abriríamos también minas y estableceríamos abastecimientos.

En resumen: estableceríamos tantos *centros de producción* como fuese necesario para abastecer nuestros *centros de cambio*, esto es, de consumo, tomando siempre la precaución de abrir un mercado antes de lanzar á él nuestros productos.

Es innecesario entrar en más detalles; basta decir que tan pronto como los talleres ó centros de producción se hubiesen multiplicado y alcanzasen suficiente importancia para emplear una cantidad bastante considerable de papel, harina, etc., y dar trabajo á los papeleros, molineros, tejedores y otros industriales, se establecerían á este propósito molinos, fábricas y toda clase de manufacturas y el campo de operaciones se iría ensanchando gradualmente, estableciendo líneas de transportes marítimos y terrestres, á fin de establecer el cambio con los demás pueblos, hasta que abarcásemos la totalidad de las numerosas industrias, á través de las que se expresa la actividad humana y sin las cuales lo que conocemos con el nombre de sociedad no podría existir. Ahora bien; ¿no se ve que una organización tal es de una naturaleza sumamente sencilla y se puede dudar que por cada veinte comerciantes en cada gran ciudad, hallaríamos uno por lo menos perfectamente capaz de dirigirla y arreglarla en sus detalles?

Pero ¿podríamos afirmar lo mismo respecto á los trabajadores? Ciertamente no, y ¿por qué? Por la falta de educación que desenvuelve la capacidad necesaria, y por esto hemos de recordar que *sin la educación como base no es posible ninguna organización industrial inteligente*.

El deber, la misión de las Uniones de oficio es asegurar esta educación á cada uno de sus miembros ya adultos y dar tales facilidades á los niños como sean necesarias para asegurársela también á ellos. Esta es la verdadera utilidad de esas instituciones, y por el resultado que den en el cumplimiento de su deber habremos de apreciar aquéllas.

¿Cuál será el resultado de una organización de la industria tal como la hemos dibujado?

Esos *centros de producción*, cuyos intereses estarían íntimamente unidos y serían completamente inseparables; los *centros de cambio* y consumo no serían



como lo son hoy propiedad exclusiva de un individuo, sino que estarían en posesión de todos y serían asequibles á cada uno en calidad de *instrumentos de trabajo*.

De esta manera todo el que quisiera trabajar podría hacerlo; nadie sería holgazán por falta de trabajo; podríamos entonces descubrir quiénes eran los ladrones y todo el que rehusara dar un equivalente en productos á su consumo sería considerado como un parásito, y por tanto como enemigo de la sociedad, y tratado como tal. Entonces podrían aplicarse aquellas palabras del apóstol Pablo: «El que no trabaje que no coma.»

Como nadie trabajaría en provecho ajeno, no habría ni capitalistas ni maestros; cada trabajador podría disponer en absoluto de los frutos de su trabajo. Siendo los productos cambiados á precio de coste serían la verdadera riqueza de todos los trabajadores ó de los que prestasen algún servicio á la sociedad, y así conseguiríamos nuestro propósito, que consiste en dar al trabajo todo lo que el trabajo crea, por lo cual se recordarán nuestros dos primeros axiomas, á saber:

- 1.º El trabajo crea toda la riqueza.
- 2.º Toda la riqueza pertenece á los que la producen.

Cuando un producto se vende á un precio más alto de lo que realmente cuesta su producción, á causa de que pudiera acontecer que hubiese una demanda mayor que la posibilidad de suplirlo, este aumento puede provenir de una de dos cosas: de un monopolio natural, tal como el genio, el talento, la capacidad del escritor, del artista, del inventor, etc.; en cuyo caso el precio lo regula la demanda y el beneficio del individuo, hasta cierto punto; pero si este exceso de precio, por el contrario y como sucede frecuentemente, proviniera de una calidad natural ó valor atribuidos al objeto, que no cuesta ningún esfuerzo humano ó trabajo, entonces este aumento debe recabarlo la sociedad para emplearlo en pagar los gastos de administración y seguridad.

Cuando un trabajador ó un grupo de trabajadores responsables necesiten materiales en bruto á fin de producir artículos para el consumo, se les considerará como deudores; cuando su trabajo esté completo y los artículos producidos en sus respectivos departamentos á disposición de todos, se les considerará como acreedores.

Cada mes ó cada semana, ó más frecuentemente si fuere necesario, se hará el balance de cada cuenta y se pagará, y esta teneduría de libros, este balance de cuentas, este pago de dinero, esta transferencia de créditos y débitos, esta *liquidación* producirá y constituirá el Banco de Cambio, un banco que funcionará para todas las transacciones entre los centros de producción y los centros de consumo.

En estos bancos los trabajadores no serán robados en sus ahorros por cajeros fraudulentos, tesoreros, presidentes, directores, receptores y toda la cáfila de las actuales clases comerciales.

Una organización tal de la industria debería contar con el crédito mutuo y gratuito. Combinemos los centros de producción, cambio y consumo en una completa solidaridad; conciliemos los intereses de todas las ramas de la producción; surtamos la demanda anual por medio de sus bancos, y así habremos transformado las funciones de la tesorería, de la administración.

Transformando el gobierno en una simple administración de los intereses generales y colectivos, cambiando por completo las relaciones humanas en el dominio de la industria, cada individuo llegará á ser un funcionario industrial.



No habrá ya más gobiernos, porque ninguno será gobernado; no más víctimas de la pobreza, ni unos cuantos privilegiados viviendo en la lujuria; no más expoliadores ni expoliados; la igualdad de condiciones existirá entonces realmente y se habrá establecido la solidaridad entre todos los hombres.

La tierra, los talleres, las máquinas, las herramientas, los instrumentos de trabajo de todas clases, las funciones, los servicios y empleos en general vendrán libremente á formar parte de la riqueza común, y ya no necesitaremos más que la capacidad suficiente para realizarlo.

El producto, con escasas excepciones, será dado á precio de coste al consumidor. La propiedad legítima del hombre la constituirá la remuneración de sus actitudes y sus esfuerzos físicos, intelectuales y morales, no envidiados por nadie, pero su riqueza ya no será nunca el resultado del monopolio de los elementos naturales ni la vida á costa del trabajo de los demás.

Como todos los hombres podrían producir más de lo que consumen, todos serían ricos, excepto probablemente aquellos que voluntariamente abrazasen la pobreza á impulsos de sus deseos.

Cuando todo esto que he detallado estuviese en orden y yo pudiese no sólo explicar, sino enseñar y demostrar el camino seguido y los resultados de mi intento á los trabajadores, lo cual sucedería en muy breve tiempo, los llamaría á todos y les diría:

«Esta inmensa aglomeración de diversas industrias, dependientes mutuamente las unas de las otras, iguales en interés y responsabilidad y por tanto unidas por la solidaridad, pertenecen al pueblo. Mirad; por lo hecho hasta hoy podéis juzgar de lo que se hará en lo futuro. Tomadlo, es vuestro: que la justicia y la solidaridad sean la guía de vuestros actos; asegurad la continuidad del principio y sus métodos por medio de una educación ilustrada, industrial, científica, moral é integral dada á cada uno de vuestros hijos, y así el ladrón y el parásito, la pobreza y el crimen, la miseria y el hambre, serán proscritos para siempre de la faz de la tierra. Tomadlo, es vuestro; continuad esta obra y legadla al porvenir; aumentadla y mejoradla, eligiendo hombres de vuestra confianza para la administración y régimen de la misma; renovadlos continuamente por turno entre los de más capacidad para que todos estén á desempeñar sus funciones anualmente. De tiempo en tiempo inspeccionad vosotros mismos las operaciones, pues de ello depende el resultado de *vuestro* empeño, la libertad completa definitiva de los trabajadores y del mundo.»

Ahora bien, lo que yo ú otro cualquiera puede hacer como un simple individuo, una asociación puede hacerlo mejor si quiere.

Pero se me dirá irónicamente que yo no dispongo de un millón de duros y que todos los trabajadores, individualmente considerados, se hallan en las mismas condiciones financieras. Por esto precisamente he propuesto yo obrar de la manera que he indicado en los anteriores capítulos. Por esta razón yo digo que un millón de hombres que tengan un duro cada uno, ó dos millones de hombres á razón de dos y media pesetas por individuo, ó finalmente doscientos mil hombres que dispongan individualmente de 5 duros pueden reunir, sin arruinarse, la suma que yo no tengo y hacer lo que yo no puedo.

A este efecto puede decirse que se establecerá una organización industrial cualquiera en lugar de la organización política que hoy existe; que la administración y régimen de una organización tal será votada libremente, destinando una suma determinada para realizar una serie de experiencias industriales en beneficio de la nación. Y en conclusión, basta consignar que nuestro objeto



es asegurar al *hombre libre* en un *estado industrial*, estableciendo una *organización social*, si queremos ver al mundo libre de la monarquía, la aristocracia, la teocracia, la plutocracia y de todas las *cracias* ó gobiernos.

## LOS VEDAS

(Conclusión) (1)

### Sukta III

(De los compuestos por el rishi Surya, hijo de Angiras, y dedicado al dios Indra)

1. Siempre ofrecemos merecidas alabanzas al poderoso Indra, en la habitación de su adorador; gracias á estas alabanzas, el dios ha adquirido riquezas fácilmente, así como un ladrón despoja con facilidad á un hombre adormecido. Las alabanzas que no salgan del fondo del corazón, no deben ser escuchadas por los seres generosos.
2. Tú eres, Indra, quien regalas caballos, ganados y trigo; tú eres el dueño de las riquezas, y modelo de generosidad; tú no desengañas á los que confían en tí; tú eres el amigo de tus amigos, y por esto mismo te alabamos.
3. Sabio y brillante Indra, que llevas á cabo actos importantes, las riquezas que se hallan á tu alrededor te han de pertenecer; después de habérlas reunido, tráenoslas; no des un desengaño á tu adorador, que cifra en tí toda su confianza.
4. Ya que nos eres propicio, gracias á nuestras ofrendas y á nuestras libaciones, aleja de nosotros la pobreza, concediéndonos caballos y ganados; derrota á nuestros adversarios y libranos de nuestros enemigos; gracias á la ayuda de Indra, podremos tener alimentos abundantes.
5. Indra, concédenos riquezas y alimentos; haz que tengamos esta energía que hace la felicidad de los hombres y les da fama. Concédenos tu favor divino, una gran prosperidad, mucho valor, ganados y caballos.
6. Tus aliados (los Marutos) te han dado satisfacción; los sacrificios de los hombres te han llenado de júbilo el día en que has triunfado de tus enemigos, destruyendo los diez mil obstáculos que te oprimen, y recibiendo las ofrendas.
7. Ofreced vuestras alabanzas al grande y poderoso Indra; su fama es universal; él es quien desencadena las aguas, rechaza á nuestros enemigos y nos colma de beneficios.
8. Nadie le iguala en poder y sabiduría; puedan aquellos que beben el jugo del soma llegar á igualarle, pues ya sabemos, oh Indra, que los que te presentan ofrendas aumentan en fuerza y vigor.
9. Este abundante jugo de soma exprimido por las piedras y contenido en las cucharas, se halla preparado para que tú lo bebas, porque es la bebida de Indra; apacigua tu hambre y fijate después en la riqueza que nos darás en recompensa.
10. La oscuridad paró la corriente de las aguas y la nube se hallaba en el vientre de Vritra; pero Indra desencadenó todas las aguas que el tirano había escondido hasta en el centro de la tierra.
11. Concédenos, Indra, una fama universal, y una fuerza considerable para que seamos capaces de vencer á nuestros enemigos; no nos quites la abundancia, ama á los que son sabios, y danos esa opulencia de la cual proceden una excelente posteridad y abundancia de alimentos.

1) Véase el número anterior.



## Sutka VIII

(Compuesto por el rishi Gotama y dedicado á Indra)

1. Indra, vencedor de Vritra, ve aumentar su fuerza y sus alegrías, por efecto de la adoración de los hombres; te invocamos en las grandes y en las pequeñas batallas; defiéndenos en medio de los combates.
2. Heróico Indra, tú solo vales un ejército; tú eres quien concedes un abundante botín, quien eleva al humilde, quien concede riquezas al que te adora y te presenta ofrendas, pues tu opulencia no tiene límites.
3. Cuando tienen lugar los combates, la riqueza queda para el vencedor; prepara tus caballos, que humillan el orgullo del enemigo, para que puedas destruir al uno y enriquecer al otro; Indra, procúranos la abundancia.
4. Poderoso por efecto de los sacrificios, terrible para sus enemigos, Indra ha visto aumentar sus fuerzas; su aspecto es agradable; su barba es hermosa y posee brillantes corceles; ha cogido en sus manos el trueno, que nos da la prosperidad.
5. Ha llenado de gloria la extensión de la tierra y del firmamento; ha fijado las constelaciones en el cielo; nadie parecido á tí, oh Indra, ha nacido ni nacerá jamás; tú has sido sostén del universo.
6. Indra es el protector que concede la abundancia al que le hace ofrendas; concédenos, pues, alimentos, y distribuye tus riquezas, que son abundantes, de modo que obtenga yo una buena parte.
7. El que cumple actos piadosos, nos concede ganados cuando recibe el gusto que le dan nuestras libaciones; coge, Indra, con las dos manos tus riquezas abundantes; prepara nuestras inteligencias y concédenos tesoros.
8. Goza con nosotros, héroe, de la libación vertida para acrecentar nuestra fuerza y nuestras riquezas; sabemos que posees grandes tesoros; te hacemos saber cuáles son nuestros deseos; protégenos.
9. Indra, tus criaturas se entusiasman por la ofrenda de que pueden participar; dueño de todo, ya sabes cuanto poseen esos hombres que no hacen ofrendas; tráenos sus riquezas.

## Sukta IX

(Compuesto por el mismo rishi y dedicado al mismo dios)

1. Acércate. Maghavan, y escucha nuestras alabanzas; no seas diferente de lo que has sido hasta ahora; desde que nos has inspirado palabras sinceras, no dejamos de expresar nuestro agradecimiento; Indra, prepara pronto tus caballos.
2. Alabamos á Maghavan, que todo lo mira con bondad; ya que eres objeto de nuestras alabanzas, ven en tu carro lleno de tesoros cerca de quien desea tu presencia; Indra, prepara pronto tus caballos.
3. Dígnate subir en su carro, que hace llover las bendiciones, concede ganados, y deja el vaso lleno de mezclas hechas con granos y jugo del soma; Indra, prepara pronto tus caballos.
4. Tú que llevas á cabo tantos actos piadosos, deja que tus caballos se coloquen á derecha é izquierda; ámate con los alimentos ofrecidos en el sacrificio, y ve á visitar á tu querida esposa; Indra, prepara pronto tus caballos.
5. Prepara tus caballos haciendo oraciones; apresúrate, pues, á dirigirlos; los jugos embriagadores que han sido derramados te han animado; tú eres dueño del trueno; cuando estés harto, alégrate con tu esposa.



## Sutka X

(Compuesto por el mismo rishi y dedicado á los mismos dioses Marutos)

1. Venid, Marutos, en vuestros carros brillantes, ligeros y bien adornados; vosotros que realizáis buenas obras, bajad como pájaros y traednos una comida abundante.

2. ¿A qué adorador buscáis, cuando os dirigís guiando nuestros corceles jóvenes y rojizos que arrastran vuestro carro? Brillantes como el oro y armados del rayo, rayáis la tierra con las ruedas de vuestro carro.

3. Marutos, las armas amenazadoras se hallan sobre vuestras personas; para vosotros se hacen sacrificios grandes como los árboles; hay propietarios opulentos que enriquecen la piedra que exprime el soma, con el único objeto de obsequiaros.

4. Los días afortunados han llegado ya para los hijos de Gotama, pues ellos han dado el agua que era indispensable para que resultasen lucidos los sacrificios.

5. Este himno es el mismo que recitó Gotama en honor vuestro, oh Marutos, cuando os vió sentados en vuestros carros de oro.

6. Esta alabanza, Marutos, se halla apropiada á vuestros méritos. El discurso del sacerdote os ha glorificado en sus versos, desde que le habéis dado alimento.

## Sukta XI

(Compuesto por Carasura y dedicado al dios Agni)

6. Las vacas quieren á Agni que ha venido á la sala de los sacrificios y participan de su esplendor; le traen, para que beba, los pechos llenos de leche. Los ríos, solicitando su buena voluntad, han corrido por la falda de la montaña.

7. Los dioses que tienen derecho á nuestras adoraciones solicitan tu buena voluntad y te confían, esplendoroso Agni, los alimentos ofrecidos durante el sacrificio; ellos han hecho el día y la noche de distintos colores, negro y purpúreo.

8. Déjanos ser opulentos, ya que nos has enseñado á ofrecerte sacrificios; tú llenas de tu esplendor el cielo, la tierra y el firmamento; dignate, pues, protegernos.

9. Defiéndenos, Agni, y haz que mis caballos destruyan los caballos de mis enemigos, que mis hijos salgan vencedores de sus hijos, y que estos mis hijos, llegando á ser sabios y herederos de mi riqueza, vivan cien años.

10. Que mis alabanzas, sabio Agni, agraden á tu corazón y á tu espíritu; danos la fuerza necesaria para cargar con el peso de tus riquezas bienhechoras.

## MISCELÁNEA

LA imposibilidad de mantener la lucha por la vida lleva á los europeos á América en busca de trabajo.

51.000 emigrantes, entre los cuales figuran en gran número los alemanes, habitantes de un imperio al parecer tan fuerte y tan poderoso como pobre, y lleno de miseria en el fondo, han desembarcado recientemente en los puertos de los Estados-Unidos.

En 1.000 diarios calcúlanse los que en el pasado Abril han llegado á aquel puerto.

El hecho, no por ser conocido, deja de tener una aterradora elocuencia: un solo dato bastará para comprender los peligros que ese elocuente hecho ofrece para Europa.

Los italianos y franceses, grandes viticultores y vinicultores excelentes, establecidos en California, país tan fértil para el cultivo de la vid, producirán en breve el vino necesario para surtir á América, vino bueno y barato que arruinará á los mercados de Europa, á cuyas naciones no quedará otro recurso que beberse el vino de su propia



casa, para olvidarse de sus desgracias y hacer algo menos sensible su viaje para el otro barrio, acaso más próximo de lo que presumen, si es cierto como parece que las naciones como los individuos, á despecho de todas las leyes del progreso habidas y por haber, concluyen también por perecer cuando pierden el rumbo y malgastan sus recursos en inútiles obras.

Estas últimas exclamaciones son originales del periódico que nos suministra el dato, y, lejos de intimidarnos por ellas, las consignamos con gusto por cuanto se hallan relacionadas con la tesis sostenida en un artículo que publicamos en este mismo número.

Leemos en un periódico republicano:

«La adulteración, las falsificaciones, las mezclas fraudulentas, se hacen cada vez más frecuentes en los Estados-Unidos. Los vinos de Champagne se hacen artificialmente en Nueva-York con etiquetas de las mejores marcas francesas. Con otros muchos productos de consumo se hace lo mismo; pero lo que no tiene perdón, es la adulteración de la manteca de cerdo; esa sustancia, de que tanto uso tienen que hacer las clases pobres para su miserable cocina.

»Pues bien; este último fraude ha tomado proporciones tan escandalosas, que el Congreso, hondamente impresionado, busca en estos momentos el medio de reprimirlo.

»Lo más triste en este asunto es que la falsificación de la manteca procede de un pequeño número de *millonarios* que sacan de ella beneficios enormes y figuran en el mundo como ciudadanos respetables. Diríase que descenden en línea recta de Vespasiano, quien opinaba que el dinero no tiene olor.

»Los procedimientos que emplean son tan ingeniosos como sucios. Primero empezaron por añadir agua á la manteca; pero tanto abusaron de este medio, que se desacreditaron y nadie quiso ya su mercancía.

»Pensaron entonces en el aceite de semilla de algodón, que se combina fácilmente con la grasa de cerdo y cuesta mucho menos; pero la grasa perdía en consistencia; había que recurrir á otra sustancia que enmendase este defecto y se emplearon varios ingredientes, entre los cuales obtuvo preferencia la estearina.

»Hoy se usa la oleomargarina para obtener una manteca igual á la verdadera; la oleomargarina se obtiene muy barata de las grasas intestinales.

»La proporción de los diversos ingredientes empleados para la falsificación es variable, pero se puede afirmar que en cada 100 kilogramos de manteca falsificada entran unos 25 de aceite y 15 de estearina, lo que reduce á 60 kilos la proporción de verdadera manteca que entra en la mezcla.

»En muchos casos, y precisamente en las mantecas *refinadas*, la proporción de las materias fraudulentas es mucho mayor; la comisión investigadora del Congreso ha visto muestras que no contenían ni un átomo de verdadera grasa de cerdo. También se ha probado que muchos refinadores han empleado grasas de cerdos muertos por enfermedad.

»Los aceites que se emplean en estos fraudes inauditos, proceden principalmente de dos grandes compañías: una del Sur y otra del Norte.

»Pero no penséis que se toman siquiera el trabajo de enviar estos aceites en condiciones de limpieza. La compañía del Sur envía sus aceites de hulla, por economía, en grandes barriles que se vacían, y sin limpiarlos, vuelven al Norte llenos de aceite de semilla de algodón, lo cual, según los peritos, hace muy malsanas las grasas de cerdo con que dicho aceite se mezclan.

»Falta saber si la vieja Europa seguirá cambiando su buen oro de ley por falsos y perjudiciales productos.»

El citado colega comprende que semejantes infamias se cometan en Europa porque

«Que los desgraciados del antiguo mundo, agobiados por toda clase de gravámenes y obligados á trabajar una tierra agotada, productiva sólo á fuerza de cuidados y gastos; que esos siervos del feudalismo político y financiero sufran tentaciones culpables para aumentar algo sus pobres ganancias por algunos medios censurables, se concibe; no hay juez que los pudiera condenar sin concederle el beneficio de las circunstancias atenuantes.»

Y á renglón seguido estampa la siguiente candidez:

«Pero entregarse á semejantes picardías en los Estados-Unidos, cuando todo les favorece y les allana el camino de la honradez, es manifestar la más negra ingratitud hacia esa Providencia que los colma con sus más preciosos dones; es en verdad hacerse indigno de ellos.»

Aquí pueden ver los trabajadores de cuanta necedad son capaces nuestros explotadores cuando hablan de buena fe.

Véase también como el robo legal puede organizarse tranquilamente y al por mayor con las instituciones republicanas.

Preocupa mucho á los ingleses en estos momentos una grave cuestión relativa á la clase obrera. Se trata del *sweating system* (literalmente *sistema del sudor*—el sudor del trabajo) ó sea la explotación de los trabajadores por los contratistas ó empresarios de segunda mano. Estos se convienen con los grandes almacenes para proveerles, mediante un precio ventajoso, de un género determinado de mercancías, y luego obtienen la fabricación á bajo precio, lo cual les produce extraordinarios beneficios. Los obre-



ros empleados en estas industrias, ejecutan su labor en sus casas ó en pequeños talleres, y á un precio miserable, que resulta una verdadera explotación. Para que se vea hasta qué punto llega, citaremos algunos de los datos que la comisión informadora ha publicado.

En un solo cuarto, estrecho y malsano, trabajan durante dieciseis horas al día, duermen y confeccionan sus comidas, cinco ó seis obreros: en el suelo, que no se lava nunca, ni aun se barre, quedan esparcidos los restos de la alimentación, y las suciedades naturales á la reunión de hombres cuya educación es nula. Los precios de la mano de obra, son: por un traje completo, 2,50 francos; por prensar 40 pantalones, lo cual representa todo un día de trabajo, 60 céntimos; una mujer que pueda confeccionar cuatro chalecos diarios, recibe 50 céntimos por cada prenda, ó sea dos francos al día; la fabricación de 12 ojales se paga á 30 céntimos; una camisa con cuello, puños y ojales, que se vende en las tiendas á diez francos, vale 1,25. Los sastres ganan de 5 á 6 francos diarios, pero trabajan de diecisiete á dieciocho horas; las mujeres no obtienen más de 2 francos.

Lo más extraordinario en esto es, que muchos de los objetos que se fabrican de este modo, lo son por cuenta del gobierno, que no tiene bastantes inspectores para procurar la ejecución de la ley que prohíbe el trabajo después de las ocho de la noche. M. Arnol White, que ha escrito sobre la cuestión que nos ocupa un libro (*El problema de una gran ciudad*), dice, con razón, que el contratista de este género, el *sweater*, «el que bebe el sudor», es un individuo que sacrifica al pueblo. En una docena de pares de botas, cuya obra se paga á 5 francos, el *sweater* se guarda 2,50. Así, en un contrato de 25 docenas de pares al precio de 200 francos, y cuya fabricación ha de concluirse en una semana, se queda 100 francos, de los cuales paga por alquiler 5, por gas 3, y por útiles y materiales sobre 15. El *sweater*, suministra también á sus obreros el café para el almuerzo; pero esto, no por humanidad, como pudiera pensarse, sino para que el obrero no abandone ni por un momento su sitio de trabajo.

El periódico de donde tomamos estas noticias propone varios remedios para evitar tan desenfrenada explotación, pero son de aquellos que se detienen en los efectos sin alcanzar á las causas. Preferimos tomar acta de la infamia social cometida para robustecer más la idea de la necesidad de concluir de una vez con una sociedad que tantos males produce.

Un ingeniero francés residente en Londres, ha inventado un sistema de producir la electricidad sin fuerza motriz y por medio de una batería automática que no hace ruido y cuyo empleo no exige conocimientos especiales.

Una batería de este nuevo sistema, capaz de producir de 10 á 50 lámparas, de la fuerza de 10 bujías cada una, se puede poner en un armario y no ocupa más que metro y medio de alto por 80 centímetros de ancho. Sin necesidad de tocarla se tiene con ella luz eléctrica para 8.000 horas.

Hé aquí uno de tantos inventos destinados á producir desequilibrio capitalista, y, por tanto, á contribuir á la obra revolucionaria.

Según los cálculos de un paciente bibliófilo, el pueblo inglés es el que más gasta en libros y periódicos.

Repartido este gasto entre los habitantes de Inglaterra, corresponde anualmente á cada uno 11 francos y 27 céntimos; en Francia dinero empleado en la lectura se halla en la proporción de 7 francos y 87 céntimos anuales por habitante; y en Alemania con la de 7 francos y 12 céntimos.

El comercio de libros no es sólo patrimonio de los pueblos más civilizados de Europa.

La mercancía preferida por las personas instruídas del Sudán, especialmente los peregrinos que vuelven de Oriente, consiste en libros y manuscritos que allí se venden muy bien.

No se crea que la existencia de una clase de hombres instruídos sea una novedad en el Sudán, y que los esfuerzos del siglo XIX en favor de la instrucción han causado allí gran influencia; todo lo contrario: la cultura en aquella región decae. León el Africano, que nació en Granada en 1483, nos habla del gran desarrollo que la afición á los libros había adquirido en dicho país, «de tal manera, que ningún otro producto de comercio dejaba tanta utilidad.»

Hace mucho tiempo que los misioneros musulmanes introdujeron allí el orden de cultura que le es peculiar. Su propaganda hizo nacer el gusto á la lectura.

Al estudiar al Dr. Ahmed Baba, se nota que los eruditos de la Nigricia habían llevado á la Meca multitud de manuscritos árabes.

El poeta Tenigen estuvo mucho tiempo á sueldo del rey Mousa-Mousa que lo había encontrado viajando en 1324 y se agregó á su corte.

Tumbuctu tenía una floreciente universidad, cuyas teorías de independencia promovieron los celos del imperio marroquí. Un ejército de esta nación fué enviado contra la universidad de Tumbuctu y la castigó destruyendo su biblioteca y las librerías particulares de los profesores. El mismo Ahmed Baba, que se libró de la catástrofe, da cuenta minuciosa de ella.